

Dr. J. Pablo Sanchez

AMERICA

N.ºs 23 y 24



Alfonsina Storni

Valor \$ 0,50

AMERICA



1871

AMÉRICA

Contenido de los Núms. 23 y 24

POESÍAS.—*Aurora Estrada y Ayala:* Los Cauces Eternos, La Cita y la Marca.—*Alfonsina Storni:* La Última Primavera, Peso Ancestral y Soy.—*Baltasar Drámond:* Saludo Lírico.—*Carlos Pellicer Camarín:* Sembrador.—*Rabindranath Tagor:* Pétalos Sobre la Ceniza, traducción de Gastón Figueira.—*Gastón Figueira:* Claridades, Canción Hebrea y Lo Eterno.—*Luís Luis:* Estío.

PROSAS.—*Augusto Arias:* Aurora Estrada y Ayala.—*Julia García Gómez:* Alfonsina Storni.—*César E. Arroyo:* El Arbol de la Noche Triste.—*Stewart Edward White:* Misterios que no Puedo Explicar.—*Alejandro Andrade Coello:* La Novela Nacional.—*C. de Gangotena y Jijón:* La Ascención del Señor.—*Ben Omar:* Poemas del Recuerdo.—*Jorge Castillo V.:* Agricultura.—*Alfredo Baquerizo Moreno:* Un Puñado de Cartas.—Bibliografía.—Montalvo y Gabriela Mistral.

NOTAS IMPORTANTES

Los grabados que comenzamos a publicar desde esta edición nos ha ofrecido galantemente el Director del semanario *El Campo*, Sr. Nelson Aníbal Núñez, a quien enviamos nuestro expresivo agradecimiento.

Recomendamos a nuestros lectores la lectura de *REPERTORIO AMERICANO*, revista de Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Basta leer este gran semanario de Costa Rica para conocer las diversas facies de la cultura Hispánica.

La Suscripción es de seis dólares por año.

La Administración de esta Revista puede encargarse de solicitar suscripciones para este país.—Dirijase al Apartado Núm. 75.

Las personas que deseen suscribirse o anunciarse en *AMÉRICA*, pueden entenderse, en esta Ciudad, con el Sr. Alfredo Ponce en la Cigarrería del Pasaje Royal.

La correspondencia debe dirigirse:

Sres. Directores de "América"

Apartado Núm. 75
Quito-Ecuador

-Este es mi

"El hermano mayor de papá—agrega Pepita—y la persona más simpática de la familia. Franco y llanoto como buen campesino, pero con un corazón más grande que el campo en que vive. De vez en cuando viene a la ciudad a "echar una canita al aire," porque es alegre como unas Pascuas. Naturalmente, él no se llama "Caramba." Se llama Leonidas, pero nosotros le decimos así porque siempre que algo le gusta o le sorprende, exclama: "¡Caramba hombre, caramba!"

tío "Caramba"



EL "tío Caramba" es sano y robusto "como un toro," según sus propias palabras. Sin embargo, cuando se le va la mano en eso de "las canas" y despacha copa tras de copa y cigarro tras de cigarro, suele amanecer con un dolor de cabeza y un malestar de todos los demonios. Antes era cosa de volverse loco, pero ahora se toma dos tabletas de

CAFIASPIRINA

y a los cinco minutos, ¡"caramba, hombre, caramba"! está tan fresco y tan alegre como si acabara de nacer.

Por eso siempre lleva un tubo en el bolsillo, amén de dos o tres más que tiene en la casa por si alguno de sus dependientes sufre un dolor cualquiera. "En mi rancho"—dice él—primero el pan y después la Cafiaspirina."

La CAFIASPIRINA es lo mejor que existe para los dolores de cabeza, muelas y oído; las neuralgias; el reumatismo; las traqueododas y los excesos alcohólicos. Alivia rápidamente, levanta las fuerzas y **NO AFECTA EL CORAZÓN NI LOS RÍÑONES.**



La próxima presentación que hará la simpática PEPITA a nuestros lectores es un personaje interesantísimo, el "SR. GONZALEZ Y MAS, NOVIO DE SU HERMANA," político, literato, orador y tal. ¡No deje usted de conocerlo!

REVISTAS

que deben solicitar las personas que se interesan por la cultura Hispánica

<p>NUESTRA AMÉRICA</p> <p>REVISTA MENSUAL de difusión cultural Americana.</p> <p>Director: <i>Enrique Stefanini</i></p> <p>DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: San Eduardo, 2521 Buenos Aires</p>	<p>Repertorio Americano</p> <p>Semanario de cultura Hispánica, de Filosofía y Letras, Artes, Cien- cias y Educación, Mis- celáneas y Documentos.</p> <p>Publicado por <i>J. García Monge</i> Apartado Letra X</p> <p>Suscripción anual: 3 ó oro americano</p> <p>San José, Costa Rica C.A.</p>	<p>Revista de las Españas</p> <p>Órgano mensual de la <i>Unión Ibero-Americana</i></p> <p>Suscripción: América y España, un año 15 pts. Número suelto 3 id.</p> <p>Calle de Recoletos, Nº 10—Madrid</p>
<p>Revista Hispano-americana</p> <p>de Ciencias, Letras y Artes</p> <p>Director: <i>Juan B. Acebedo</i></p> <p>La correspondencia debe dirigirse a José M^a de Gamoneda</p> <p>Calle de San Agustín, Nº 7 Madrid, España</p>	<p>El Consultor Bibliográfico</p> <p>Publicación mensual</p> <p>Suscripción anual, en las peñas de la lengua española o portuguesa, 5 pts.</p> <p>Dirección y Administración: Munster, 328 Barcelona, España</p>	<p>ORTO</p> <p>Revista Quincenal Ilustrada de Literatura y Arte</p> <p>Directores: <i>Juan F. Sariol</i> <i>Ángel Cañate Viza</i> Apartado Nº 154 Manzanillo, Cuba</p>
<p>HERO</p> <p>Magacino Latino Americano</p> <p>Director: <i>Atanasio Fernández Morera</i></p> <p>Suscripción para España y América: Semestre 2 dólares Un año 4 dólares</p> <p>Oficina: Céspedes, 23 y 36½ Santiago-Espiritus, Cuba</p>	<p>Santalé y Bogotá</p> <p>Revista Mensual</p> <p>Directores: <i>Victor E. Caro</i> y <i>Eduardo Guzmán Esponda</i></p> <p>Apartado Nº 541 Bogotá, Colombia</p>	<p>PERFILES</p> <p>Quincenario Ilustrado de Literatura, Artes, Ciencias y Actualidades</p> <p>Director: <i>Antonio Reyes</i></p> <p>Apartado Nº 434 Caracas, Venezuela</p>

ZOOLOGÍA



Acaba de salir a luz el **Primer Tomo** de esta obra del Profesor Normalista

Abelardo Flores;

Texto pedagógico arreglado de acuerdo con los principios de la **Moderno**
Escuela del Trabajo, destinado al Preceptorado, Colegios de

Segunda Enseñanza, Normales, Liceos, etc.

Esta obra y la de **BOTANICA** del mismo Autor, han merecido la aprobación de
notables Profesores de Ciencias Biológicas de la Universidad Central y del
Instituto «Mejía» y han sido acogidas favorablemente en el Exterior.

Para pedidos, dirigirse al Autor.—**Apartado N° 52.**—Quito-Ecuador

AMERICA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA
de Literatura, Ciencias y Artes

Dirección:

Alfredo Martínez

Guillermo Bustamante

Hernán Pallares Zaldumbide

Augusto Arias

Director Artístico:

Nicolás Belgado



Aurora Estrada y Ayala



Año III

Literatura,
Ciencias y Artes

AMERICA

REVISTA MENSUAL
ILUSTRADA

Nos. 23 y 24

Setiembre y Octubre
Quito-Ecuador-1927

Aurora Estrada y Ayala

NUESTRA poetisa Aurora Estrada y Ayala que al contarnos del avatar de su alma "que ha vivido mucho", trae su corazón como bañado en agua de kaleidoscopio, para que se abrillante el recuerdo y se haga plácida su melancolía de asistir al desfile de las glorias antiguas, sabe acercar también, muy próximo a nuestro aliento que se purificó con los lirios de Santa Teresa, su atrevida *Fleur du Mal* con una gracia que hallaría parecido en Alfonsina Storni que envuelve en delicado acento de música la crudeza del amor vertido en los filtros de la realidad. ¿Atrevida? No. La flor que aspiramos en el soneto de Aurora Estrada puede, solamente, sugerirnos la sinceridad de la mujer que suspira por el "Divino Precepto" incumplido, y conducirnos, en desnudo sendero de inocencia, al mismo paradisiaco jardín que representa, sobre la vida recomenzada, el ingenuo latido de espera, el Adán de la promesa habitual.

Tal es la clara expresión lírica de la autora de "Como el incienso" frente a la aparición musculosa y perfecta del "hombre que pasa". Encuentra, para nombrarlo, una justa y admirativa voz que se prende en el pecho recio del "joven dios de la selva fragante". Es, en realidad, la débil mirada del ensueño que sigue el paso de la vida, corporizada en labios hambrientos y brazos musculosos, en sugestión masculina, domi-

nante. No de otro modo imaginó la sensitiva mujer de todos los tiempos al amor varonil que suscita en la tierna enramada de su recinto, un paso firme, como de victorioso advenimiento.

Pero en el canto de Aurora, este hombre que pasa, esta felicidad suspirada, no tiene la perfección absoluta de que anduvieron vestidos los amados de las musas a través de sus cuadros evocadores. El hombre de este paisaje de hoy, muestra la carne morena, encendida, por "entre los andrajos". El que pasa "sin siquiera mirarle" tiene por sobre la soberbia de su albedrío de caminante, la vestimenta del mendigo. ¿A dónde va? Reclinase la vida penserosa en el corazón de este nuevo peregrino. Es joven y fuerte como un dios de la selva; pero hay en el surco de su pecho energético la desgracia del andrajo.

Pudo mirarle la encantadora de ritmos con una gracia de suerte incompleta que advirtió para el natural desalino de la esperanza, para la ventura desigual.

Esta obsesión de la dicha trunca, dictale, asimismo, su mecido canto de la hora de lluvia que comienza con la pluviosa letanía verlemiana: "Il pleure dans mon coeur, comme il pleut sur la ville". Detrás de esa cortina gelida su pensamiento se detiene en la fugacidad de las existencias jubilosas, en los rosales que "habrán de deshojarse como una nivea alfombra sobre el helado sue-

lo" y en los rubios infantes que no venían la frente de la aurora.

No es este pesimismo, lejano de la estridencia de los románticos, pero ni siquiera próximo a ese disimulado lamento que mojó discretamente las arpas femeninas, toda la poesía de Aurora Estrada y Ayala. Canta algunas veces con la viril entonación de su "Clarínada" o decurre por la serenidad de los "Cauces eternos".

Aquella que fija en su actitud inmóvil, como de ascético retiro, la voluntad de permanecer indiferente, sin que logre distraerle todo el mundano ruido de su "extática espera ante la negra puerta", tiene también, en su vagar por senderos de poesía, con su "gran idealismo", ese profugo misterio que la hace comprender como lo mejor de su vida se abandona en el dolor transeunte y le sobresalta, con la sorpresa de su livida faz, cojiada en los espejos del camino. "En las vidrieras", dice la poetisa. Pero la imagen, más generalizada y espontánea, nos la representa, aún en los reflejos amortiguados de la "luna hermana" a la que suele contemplarla "bordando en nuestras vidas tristes la gloria del ensueño con sus manos de hada".

Penetra otras veces con pie fileno, llena solo de gracia ensoñadora, con la viveza de la resurrección, en los senderos del pasado. De sus místicos paseos nos trae por eso su *vñeta antigua*, milagro del marqués que puso sus labios de abate cortesano en la seda rosa de su mano enguantada, en la hora de sus fiestas galantes, de ilusorio avatar.

Más, bajo la rítmica ala tensa, bañada en luces fantásticas, cruza con imperceptible rumor, la angustia del misterio, el cortante soplo del presentimiento.

Acéchanla entonces, en el vacío de su estancia, milagrero como "la penumbra de un templo abandonado", enigmáticos ruidos, invisibles fragancias, ojos que lucen en los rincones. Cae a sus pies el "retrato de un difunto querido" y como si se incautaran del tímido espanto de sus amores, "pasos misteriosos le hielan el corazón".

¿No es, en el fondo, este dubitativo ígimo, esta suerte alterna de gloria y duelo, de sequedad y frescura, de miedo y confianza, el destino de su cazadora azul, víctima de la gozosa herida que la hace hundirse en la noche, como un cisne de oro? Quiere extender, sobre la sequía de esta pobre ventura, un fértil aljófaro de llanto. Su anhelo es abrasar la entraña de hielo de la Esfinge.

"Bajo la mirada de Dios" quiere estar cerca de su amado y es cuando su palabra adquiere una diáfana verdad y un comunicativo desenfadado. Por la ruta sinuosa de los amores pasca el alma erguida, grave de la plática desnuda.

Pide al señor toda desventura, la siega de los dones que le fuera, su alegría, el cáliz de su sereno. Duro el pan que coma, incierto su destino, con vasto sufrimiento, resigna todos los bienes, a cambio de amor. El ruego de Aurora Estrada es la defensa de su tesoro aquílatado en la fuerza de su pasión, guardado en su cálido seno. El ruego de Gabriela Mistral sube ya de una cumbre en que el desprendimiento tiene libertad casi de suspiro aliviador. La poetisa chilena infunde una poderosa súplica a su oración que tiene algo de la ascendente virtud de la plegaria y de la caricia distante de la elegía. Si pidió, con encendido brio, por los seres extraños, en su ruego impetra por el alma de uno que era suyo: "su vaso de frescura, el panal de su boca, cal de sus huesos, dulce razón de su jornada, gorjeo de su oído, ceñidor de su veste"... Ruego por aquel que era bueno y que se fue una tarde "trizándose las sienes como vasos sutiles"... "¡Yo le amaba, le amaba!", tiembla en el grito de Gabriela.

Tal vez, en la inicial de los dos ruegos, el sentimiento del amor vigila con idéntica guardia conmovida. Pero en "Mi Ruego" traza la impetración un ángulo de dulzura que se está gozando y en la plegaria de Lucila Godoy, dura sobre el vaso limpio el aroma de la gema perdida, sigue el pensamiento, en estela

de lágrima, a la ilusión que tramonta. Quiere secar, con el paño pródigo, la sangre de las sienes adoradas y como si no fuera bastante la pena del descendimiento, intenta romper la clausura del sepulcro con el apretado golpe de su poema.

Se duplica, nuestra poetisa, con la urgencia del cariño, en esa dádovosa ofrenda que fue siempre gracia de los poetas: "Tuya en el sol y en la brisa—en el árbol y en la rosa".

Mas, su corazón de fervida llama que es en otras veces apaciguado y terso para el resbalar de la gota del tiempo, adivina, sin acritud, en el espejo inoculable del compañero, sobre sus ojos que delatan otro sueño o entre sus labios que buscan otro beso, la sombra tenaz de la otra. De la mujer que viene, intacta, en esta caricia fatigada; de la que ha impregnado de su oculta esencia el aliento de este hombre que habla para su lúcida tristeza de conocer.

Uno de sus mejores poemas, "Cuando vuelvas sin mí", nos muestra este carácter, original y profundo, que se adelanta, con gusto moroso, a encender lucas cinéreas. "No hará mucho tiempo—tan poco que aun a mi loco corazón sonoro— no llegarán las ávidas raíces—" dice en justa medida de los instantes que pueden caer sobre el paño de la muerte. — ¿Por qué no, también, sobre la terrosa inquietud del olvido que hace oscuros los rostros de los vivos?—El hombre de ayer vuelve al mismo parque acogedor. Su mano oprime la de la dulce olegida. "La nueva amada cantará a tu oído la canción inmortal"... Ya está, reflejada en esta claridad de coloquio, la sombra de la que habrá de venir, por entre los oros de la misma huerta.

Un sentimiento igual se asila en las estrofas purísimas de "La Cita", poema de antología.

En otros de sus poemas como en "La Epístola al amado" o "A El", no sopla ese hábito de imposible que es el espiri-

tu de muchas de sus estrofas y más bien aparece algo de lo que nos cuenta en premuroso relato, María Monvel, feliz de haber vencido el "hiero imposible": "Mientras él, de rodillas, con sus besos furtivos—abrazaba el marfil de mis pies sensitivos— con la fiebre ardorosa de su boca de santo".

Aurora Estrada que tiene el don del verso persuasivo por lo que puede infundirnos de sentimiento o comunicarnos de simpática onda que roza, con discreta paciencia, el florecido jardín de los sueños; que halla, a cada paso, el matiz nuevo para el paisaje que forma con el fondo de su misma alma; que toma, al amor y la tristeza, como sombras de horas desiguales, en su propio sentido, sin dejarse arrebatarse por el agua de oro del fantástico naufragio y sin estacionarse en el reposo de la tierra caduca, nos enseña también, como intelecto comprensivo, de élite, páginas nutridas en las que podemos encontrar con sus rasgos distintivos con su fisonomía natural, a poetas modernos y cantoras de nuestros días, cuyos libros, graciosos e inquietos como un corazón en viaje, cupieron en el objetivo de su amable estudio.

Nuestra poetisa que se describe a sí misma, "muy pálida, muy leve, pequeña y fina, imperfecta y amante, tan mujer y tan alma", y que piensa volverse "una monja adorante" encerrada en la mística celda de la ternura de aquel con quien estuvo *bajo la mirada de Dios*, ¿no sentirá, cuando la calma sedante de la esperanza que fuga, acaricie su frente que se envolvió en miras velutas de incienso; algo de la ráfaga elevadora que puso en las plantas de Santa Teresa, ese desasimiento de los lares terrenos?

Su canto de ahora, ya cautivador, cobrará un encanto nuevo con la pausa del mediodía.

Augusto Arias

Quito, 1927

Poesías de Aurora Estrada y Ayala

LOS CAUCES ETERNOS

A José Vasconcelos

Mi frente triste, pálida, bajo el cielo nocturno
semejaba albo lirio místico y taciturno,
que sobre el negro campo, igual al claro lirio
silente se inclinaba con temblor de martirio.
Y como ante mí se alzaba la montaña imponente
parecía que su peso soportaba mi frente.

Y tal como las flores —millones de incensarios—
son las brisas leves aromosos nectarios,
así mi triste frente a los cuatro senderos
del horizonte daba sus ensueños viajeros,
mientras con gesto lento dejaban caer mis manos
sobre los largos surcos los musicales granos.

Algunos surcos eran sólo una huella leve
—como el rastro que un niño deja sobre la nieve—
otros, hondos y abiertos como surcos marinos,
hacían pensar al verlos en mágicos caminos.

Mas mis ojos ardientes que espían los espacios
—océanos en que bogan las constelaciones—
copiaron la montaña, los celestes topacios,
pero nunca el milagro de las germinaciones.
Brotó el llanto en mis ojos y la lluvia salobre
fue bendición celeste sobre el campo de cobre.

Tendió el viento la noche los velos de mi túnica
y su blancura fue, entre la sombra, la única
blancura de abajo. Yo era
la Sembradora oculta. Primavera
estaba en mí como en la noche el día:
tal una rosa mi ilusión abría.

Tuvo la tierra palpar de entraña . . .
Extraña
vid de áureos racimos dio a la vida
y gota a gota como de una herida
el rojo zumo embriagador y ardiente
cayó en mi corazón como en un vaso.

Miré la sombra y presentí la aurora,
sonreí al Enigma y al destino torvo
y aprisionando la voluble hora
alcé mi vino y lo bebí de un sorbo;

Estaba recogida como un éxtasis.
El cristal del silencio se rompía
con leve roce de alas. Lentamente
el alba de los cielos descendía
y sus claras palomas dulcemente
de mi nocturna siembra se nutrían.

LA CITA

Un cielo claro y dulce, fragancia de jazmines;
en el azur abriéndose mil rosas: los luceros. . .
fingían los muertos pétalos de sedosos carmines
pequeños corazones sangrando en los senderos.

Yo fui a la cita, Amado, como siempre llevando
la miel, la flor, el bálsamo y el agua milagrosa;
puse a tus pies la ofrenda y te besé esperando
oír de tus palabras la música amorosa.

Ah, nunca lo soñara! Tu voz rasgó el anhelo
de mi devota espera y la escuché remota!
palidecí hasta el alma y el constelado cielo
me oyó gemir doliente como una cuerda rota.

Y fue esa noche dulce, primaveral, florida,
en el parque de luna, de músicas y arrullos;
hablaste. . . tus palabras no olvidaré en mi vida:
«Otros brazos me aguardan más fuertes que los tuyos».

Se estremeció la tierra al recibir mi llanto,
fueron las piedras suaves para mi triste frente,
cayó sobre mi angustia la sombra como un manto. . .
Sólo tú me mirabas helado, indiferente!

Yo fui a la cita, Amado, como siempre llevando
la miel, la flor, el bálsamo y el agua milagrosa.

LA MARCA

Oh, sendero divino constelado de gemas,
vía celeste que llevas hacia un arcano fin,
voz mía que entonas el mejor de tus poemas
dulce de llanto y honda como un mago violín.

Amor antiguo y fuerte que a través de las vidas
vienes siempre a buscarme salvando los abismos;
es tu origen divino y mis manos dolidas
alzar hasta tu esencia mi cáliz de idealismos.

Yo siento que me ciñen sus anillos ardientes
collares misteriosos de encantadas serpientes;
un dios me está imprimiendo su fulgurante huella.

Y va mi planta leve por la celeste vía,
en que hallaré la noche o los oros del día,
sintiendo que en mi carne se estremece una estrella!

Alfonsina Storni

EN VARIAS oportunidades me ha tocado hacer la crítica de los valores literarios de Argentina. Mi posición ha sido y es clara. ¿Lo comprenden así los escritores bien intencionados? Mis ligeras anotaciones empero han sido juzgadas con enojo, casi con encono. He procurado siempre dar a cada cosa su justa extensión esforzándome por hacer este estudio interesante, lo que es extremadamente difícil, porque todas las obras que no dicen algo nuevo muy pronto se olvidan, en la memoria de los hombres no quedan más que los libros que abren rumbos. Cada nación de América tiene su vanidad, cada una desea para sí una historia detallada, fatigosa, muchas veces innecesaria. ¿Cómo moverse en esta multitud? Es imposible, uno se pierde en esta cantidad de hechos inútiles, destruidos los unos por los otros, es un océano, un abismo en que uno se hunde y del cual apenas se puede salir hablando más bien del valor de las mejores que haciendo colecciones de gaceta. Como decía el bueno de Voltaire, no se va a la posteridad más que por caminos únicos, la gran ruta está ya bastante trabajada, cuesta deslizarse por ella sin fatiga, sin cuidado. Nuestra nación tiene gusto por accidente, es preciso comprender que un pueblo que no conoce el mérito de las obras de gusto y que aplaude tantos libros monstruosos, será siempre un pueblo ignorante y débil que tiene necesidad de ser conducido por un pequeño número de hombres de talento. Lejos de mi espíritu el elogio estúpido, la adulación ciega, la palabra piadosa que encubre incapacidades y miserias. Massillon, el gran Massillon, muestra cómo la adulación corrompe poco a poco las virtudes y fortifica los vicios; es el comentario psicológico más completo de la escena admirable de Británico, donde Narciso despierta sucesivamente todos los malos instintos de su maestro y hace caer todos los escrúpulos que le detienen delante de la muerte de Británico.

La opinión no merece que uno se libre a su juicio y que se haga depender la verdad de su manera de pensar. El público, decía Voltaire, en cuanto a los libros, está compuesto de 40 a 50 personas si es serio, de 100 a 500 si es divertido y alrededor de 1.100 a 1.200 si se refiere a un asunto teatral. Trescientas mil personas hay en París que no saben nada! «Los tiempos han cambiado, habría que modificar las cifras, pero no hay nada que variar en el pensamiento ni en los términos». Si esto sucedía y sucede en París, cerebro del mundo, ¡cuánto más se agrava en Buenos Aires, cuyo medio más incipiente, menos culto, menos hondo es campo propicio para las mayores calamidades! Necesitaba hacer esta profesión de fe, profesión que se me ha discutido sin base, sin serenidad para encararla...

DENTRO de nuestra poesía pocas figuras más simpática que la de Alfonsina Storni. La conocí en el año 1918 en el comienzo de su carrera literaria, la conocí rindiendo su homenaje a la malograda Carolina Muzzilli, caída tempranamente víctima del trabajo excesivo y de la tisis.

¿Qué piensa de Alfonsina, requirióme cierta tarde en Montevideo Luisa Luisi, mientras dejábamos caer las palabras indolentes en el correr de la calle Sarandí: «Es toda Alfonsina, díjeme, los ojos claros y abismados, el cabello gris, la boca sonriente. Ama los cielos libres, soleados y abiertos, ama el camino brillante que lleva a todas partes y no lleva a ninguna...»

El poeta, decíame una vez, debe ser el hombre que arde siempre, que arde como una llama viva, depurándose, renovándose, elevándose. Los versos que no enseñan a los hombres verdades nuevas y encantadoras no merecen ser leídos, no hay nada más desagradable que escribir palabras. Estos poetas son en el Parnaso lo que los abogados en ciertos juicios, arremeten por lo general contra aquellos que dicen o expresan ideas. Alfonsina comprende el arte, detesta a los poetas sin oído que infestan con sus malas producciones el campo de nuestra literatura. No tienen ningún conocimiento del ritmo y de sus diferentes cesuras ni de todas las finezas que varían la cadencia de nuestros grandes versos. Las primeras tentativas hechas en Francia no pasaron de allí. «Cuál iba a ser la nueva música, se preguntaban en Francia, dice Ventura García Calderón, los agoreros que maldecían de la rima como de una sonaja inservible y cantaban el requiem de los poetas». Mas ahora asistimos a la resurrección del alejandrino y de las modas de 1830. Se descubre que una ley incógnita y cierta rige lo mismo las cataratas que las odas. Francia y América restauran el carrizo de Verlaine y de Virgilio. ¿«Por qué se teme hacer rimar al oído lo que rima a los ojos? El oído juzga del sonido, no de las figuras de los caracteres». Es necesario impedir los obstáculos innecesarios porque entonces se disminuye la belleza; es preciso sujetarse a leyes determinadas pero no a una vil esclavitud. Esto lo sabe bien Alfonsina Storni, espíritu justo para sentir lo grande y lo agradable. Todos sus libros desde la Inquietud del rosal (1916) pasando por el Dulce daño (1918), Irremediablemente (1919), Languidez (1920), Ocre (1925) hasta llegar a Poemas de Amor (1926) revelan lo que es la elevación del arte. ¡Qué efectos prodigiosos producen los contrastes, los pasajes rápidos a la expresión dolorosa, los silencios después de la rapidez, el abatimiento triste expresándose en un estilo bajo con los esplendores que da la experiencia o que lleva al arrebató:

Es una boca más la que he besado.
 Qué hallé en el fondo de tan dulce boca?
 Qué nada hay nuevo bajo el sol y es poca
 La miel de un beso para haberlo dado!

(Ocre, pág. 59)

OBSERVANDO estos pequeños artificios del arte, hablando algunas veces sin declamar, matizando así los bellos colores que echa sobre sus asuntos, asombra su nitidez. La nitidez, decía Vanvernaques, es el barniz de los maestros, en Alfonsina este barniz es sabiduría siempre elocuente, siempre dueña de su corazón:

Sobre mi alma que era ardida cal,
 En este dulce comenzar de otoño,
 No sé de donde se insinuó un retoño
 Y un nuevo amor me da su bien y mal.

(Ocre, pág. 89)

Su arte se convierte en una transcripción de la naturaleza sensitiva, en verdaderos penachos de fuego. Por muy intensa que sea, su sentimiento está influido e impregnado de un carácter pagano y constituye menos el centro de su vida que el armazón de su vida literaria. A menudo se mezclan en los mismos conceptos pensamientos diversos y el carácter clásico predomina fácilmente sobre el moderno. La idea de la belleza obra en Alfonsina no sólo por mediación de lo antiguo, sino también directamente del mundo sensual y por consiguiente con más viveza y fuerza de intuición. Por todo el mundo encuentra derramada la belleza, el orden y la armonía mantienen unida a la diversidad, por todas partes se ve una medida fija, así la vida adquiere en ella el carácter de un anhelo por avanzar y superarlo todo.

Vivo como rodeada de un halo
de luz.

Este halo parece un fluido
divino a través del cual todo ad-
quiere nuevo color y sonido.

(Poemas de Amor, pág. 27)

ALFONSINA describe vivamente los múltiples daños y pesares del amor, el conjunto de odio y soberbia, de dolor y sobresalto, el poder de las pasiones cuya cadena se mueve entera con sólo mover un eslabón. El hecho de que la poetisa persigue un fin más especulativo que sentimental, no puede excusar sin embargo del todo la blandura y debilidad de su sentimiento:

Tú, el que pasas, tú dijiste: esa
no sabe amar.

Eras tú el que no sabías
despertar mi amor.

Amo mejor que los que mejor
Amaron.

(Id. pág. 18)

ALFONSINA describe cuan poderosamente le atrae el amor, pero de qué manera esta sumersión en la inmensidad del espíritu, produce una suavidad y delicadeza sentimental admirable, esto nadie lo enseña tan claramente como ella misma, la poetisa del amor nostálgico, del amor quejoso, lleno de desvíos irremediables y de deseos insatisfechos.

Julia García Games

Santiago, Agosto de 1927



POESIAS DE ALFONSINA STORNI

La Inútil Primavera

Veintiocho veces van que yo la veo
trabajando capullos del rosal;
llegó cumpliendo, ardiente, mi deseo,
cuando la tuve, todo ha sido igual:

Preparé un himno y se murió en gorgceo,
me eché a ser río y terminé canal;
en otra primavera... ¡devaneo!
Ya está de nuevo y sigo con mi mal.

¡Veintiocho veces van!... De diez, yo guardo
memoria triste de aquel paso tardío
con que los días del invierno van.

Hollando el alma para hacerle casa:
¡veintiocho veces van que inútil pasa!
¡Cuántas, por verla aún, me faltarán!....

Peso Ancestral

Tú me dijiste: no lloró mi padre;
tú me dijiste: no lloró mi abuelo;
no han llorado los hombres de mi raza,
eran de acero.

Así diciendo te brotó una lágrima
y me cayó en la boca... más veneno
yo no he bebido nunca en otro vaso
así pequeño.

Débil mujer, pobre mujer que entiende,
dolor de siglos conocí al beberlo:
¡oh, el alma mía soportar no puede
todo su peso!

Soy

Soy suave y triste si idolatro, puedo
bajar el cielo hasta mi mano cuando
el alma de otro al alma mía enredo.
Plumón alguno no hallarás más blando.

Ninguna como yo las manos besa,
ni se acurruca tanto en un ensueño,
ni cupo en otro cuerpo, así pequeño,
un alma humana de mayor ternura.

Muero sobre los ojos, si los siento
como pájaros vivos, un momento,
aletear bajo mis dedos blancos.

Sé la frase que encanta y que comprende,
y sé callar cuando la luna asciende
enorme y roja sobre los barrancos.

EL ÁRBOL DE LA NOCHE TRISTE

En la plaza principal de México, el «Zócalo», como popularmente se la llama, o de la «Constitución», como oficialmente se le denomina, gran espacio histórico, soberbiamente flanqueado por la Catedral insigne, la más egregia basílica de la América, el viejo y solemne Palacio de los Virreyes, el del Consistorio, de puro Rencimiento español y otros edificios de traza colonial; uno de tantos tranvías que de allí parten llevan al viajero, en menos de media hora, al pueblucillo de Popotla, asentado en las goteras mismas de la ilustre capital de México. Popotla es una aldea ya incorporada a la metropolitana urbe, que extendiendo sus alas maternas, ha recogido a todos los polluelos de pueblos que la circundan. Nada muestra de particular la insignificante aldea: casas de un solo piso, sentadas en escuilas sobre la tierra, viviendas humildes y comercios míseros; calles gredosas, huertos mínimos, una que otra fábrica; el valle immense, erizado de púas de ágave y salpicado de pueblos. Nada tendría de particular la plaza de este pueblo vulgar y triste, si en su centro no se alzara, como un monumento, un árbol milenario cuyo ramaje desmenuado fue citara en la que la Epopeya sobrehumana de la Conquista hiciera vibrar uno de sus cantos más heroicos y desesperados. Es el famoso alhuaste, conocido en el mundo por el *Árbol de la Noche Triste*, porque es fama que a su pie lloró el magnífico señor Hernán Cortés su fracaso, en la terrible ruta de la noche del 30 de junio al 1º de julio de 1520.

Con el alma llena de los recuerdos heroicos de la Conquista, fomos en peregrinación al árbol epónimo, en una suave tarde de enero en que un dulce sol de invierno hacía del mexicano valle como un escudo adamasquinado de oro. Aureolado por la leyenda, consagrado por la historia, ennoblecido por el tiempo, levanta todavía la audacia de su marchita cimera, por sobre la plaza en que está enclavado, por sobre el pueblo, como un testigo viviente de glorias inmarcesibles. Tan viejo está el árbol y tal color de tierra tiene, que no parece ya ser un organismo vegetal sino un torreón medio derruido, que se alza allí, como una atalaya secular. Las aguias de tantos siglos han anidado en él, que han logrado anquilosarlo: las manos de tantos peregrinos lo estaban hiriendo y des-

gajando tanto, que la previsión edilicia tuvo que proteger con una alta verja de hierro el viejo tronco.

Sobre el zócalo de piedra que sustenta la verja nos hemos sentado en esta tarde rosa, y hemos echado a volar nuestro espíritu por los cielos azules de la leyenda, por los campos ilimitados y luminosos de la historia. He aquí lo que vió nuestro espíritu, que estaba infundido de la tristeza de la *Noche Triste*:

Las fauces de sima de la noche comienzan a vomitar unos extraños guerreros, que heridos y maltrechos, vienen en desorden, por la calzada que a la ciudad conduce. Visten de hierro, mas tienen abollados los cascos y las armaduras; están cubiertos de sangre, de agua, de fango; en sus rostros blancos y barbudos, orlados de melenas desgrefiadas, está pintada la máscara del terror. A la luz de las estrellas, avanzan en una fuga de pesadilla. En el fondo, emergiendo del lago, se perfilan las moles de la gran Tenochtitlán crinadas de llamas y palpitante de trigedias. El viento de la noche trae de allí, en un clamor enorme, largos plaridos, aullidos de rabia, gritos de pelea y los sonos macabros del fatídico cáncel de guerra. Los guerreros corren desesperados, sin saber a donde. Su capitán logra detenerlos con el imperio de su voz y de su férrea voluntad. Se sitúa bajo el árbol, desenvainada la espada tinta en sangre, consigue que formen sus soldados y pasa revista a su maltrecho ejército. El capitán que manda a esos soldados es nada menos que don Hernán Cortés, conquistador al indomable Anáhuac. A su lado están doña Marina, el verbo de la conquista, las dos hijas de Moctezuma y otras mujeres indias, que han seguido a los guerreros; también le rodean sus legatimientes, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid, Diego de Ordaz, Gonzalo de Sandoval y otros. Todos están pálidos y adoloridos, con la conciencia de su fracaso ineluctable. La salida por la noche les ha sido fatal. Pero ¿qué otro remedio les quedaba? si su situación se había hecho, materialmente, insostenible. Sitados en su cuartel, sin bastimentos, con las municiones que se les agotaban, rodeados de enemigos por todas partes, habían ya apelado a todos los recursos del ingenio y de la audacia para sostenerse; pero eso fue imposible, no quedándoles sino la fuga nocturna. Habían apurado hasta el recurso supremo de hacer

que el gran Moctezuma, desde el atrio del cuartel, con su voz antes omnimoda, tratara de persuadir a sus súbditos que no siguieran hostilizando a los castellanos. El Emperador prisionero había perdido ya toda su autoridad, y como contestación a sus palabras, recibió de sus súbditos, que como una jauría de canes aullantes sitiaba la fortaleza, una lluvia de flechas y una pedrada en la sien, de cuya herida murió poco después. El feroz Cuicatláhuac y el indomable Chautleemoc acaudillaban los vengadores, ejércitos aztecas; los asquerosos sacerdotes de los ídolos nefandos, vestidos de negro y embadurnados de sangre, clamaban con lúgubres voces, el exterminio de todos los blancos, cuyos corazones palpitantes debían ser ofrecidos a los dioses en la piedra de los sacrificios, y sus despojos desecuetizados, consumidos en los banquetes macabros. Las calzadas que ponían en comunicación la ciudad huasteca con el territorio de Anáhuac habían sido cortadas en diferentes lugares, formándose fosos infranqueables. Cortés mandó construir un puente portátil de madera para salvar los fosos, y pasada la media noche del 30 de junio, ordenó la marcha. Entregó primero el cadáver de Moctezuma, con el fin de que los indios, por ocuparse en hacerle los regios funerales, no se percatasen de la salida de las tropas españolas. Luego, organizó y ejecutó así la marcha: vanguardia: doscientos infantes y veinte jinetes, a las órdenes de Gonzalo de Sandoval; el cuerpo del centro compuesto de la artillería, el tesoro y las mujeres, iban a las inmediatas órdenes del Capitán General, y la retaguardia, que estaba mandada por Pedro de Alvarado y Velázquez de León, se componía del grueso de la infantería. Sin ser sentidos, llegaron a la primera cortadura, en donde se colocó el puente portátil, mas apenas había empezado a pasar la vanguardia, cuando descubiertos por los centinelas aztecas, que dieron la voz de alarma, fueron al pronto acometidos. Oyóse entonces en el templo el atambor de guerra, el fatídico *huachuel*, hecho con pieles de serpiente, y que sólo sonaba en las ocasiones tremendas, y de improviso, en la obscuridad de la noche, brotaron bien tripulados por las acéquias, multitud de cañones y millares de combatientes por las calzadas y azoteas. Eran innumerables brazos cobrizos, torsos tatuados, cuerpos semidesnudos, en la flexión del arco; rostros de labios y narices traspasadas por arillos, en miradas horribles, ojos sangrientos, cabelleras hirsutas, manos en garra; hiriendo, matando, arrojando un diluvio de flechas, de dardos, de picas, de piedras; un torrente de vestigios surgiendo en las tinieblas.

La nocturna salida fue fatal para las huestes españolas; la sombra fue una aliada formidable de los aztecas que, conocedores del

terreno, se cebaron en sus enemigos. El puente portátil, apenas pudo ser utilizado en la primera cortadura de la calzada; cuando trataron de moverlo los encargados de él, les fue imposible, y allí quedó, enclavado en el fango. Llegado que hubo el ejército al foso siguiente; no halló modo de pasarlo; y acometidos por todas partes, se tiraron a nado muchos soldados y otros volvieron a hacerse fuertes en su cuartel, demorando sólo por breves horas su sacrificio. Por la cortadura cegada con los cadáveres de tantos hombres, con los cadáveres de casi todos los caballos, con el botín y casi toda la artillería, pudieron, como sobre un puente espejuznante, pasar unos pocos, siempre hostilizados por todas partes. Alvarado, Pedro de Alvarado, lugarteniente de Cortés, que se había quedado al último defendiendo la retaguardia, al verse perdido sin remedio, apoya la punta de su lanza en el fondo horrible del foso, y —bandera humana en asta de epopeya—, de un salto inverosímil, logra ponerse en salvo.

Al fin, después de varias horas de espantoso bragar en la sombra, Cortés y el resto de su ejército consiguen verse lejos de Tenochtitlán y fuera del alcance de sus enemigos, que renunciaron a perseguirlos, para cebarse en las numerosas víctimas que habían caído en sus manos. Es así como llegan a Popotla, envueltos en las sombras enemigas. Allí, al pie del árbol, que desde entonces es histórico, pudo palpar Cortés y los pocos capitanes que le quedaban, toda la magnitud del desastre: el ejército conquistador había sufrido una pérdida de quinientos españoles, habiendo salido de la ciudad, mil doscientos, cuatro mil aliados tlaxcaltecas; cuarenta y cinco caballos, toda la artillería y la mayor parte del tesoro.

La noche cómplice gravita sobre las almas de esos hombres, como una maldición. Es una noche negra, sin luna, tan sólo traspasada de estrellas, que lanzan sobre los campos, desde el infinito cielo, sus dardos luminosos. Al contemplar a esa luz indecisa, el desfile de ese puñado de hércules, Hernán Cortés tiene la conciencia de su fracaso irremediable. La obra sobrehumana, la empresa de locos que con tanto éxito venía realizando, y en la que él había puesto su fortuna, su vida, su genio, la contempla destruida en un momento. El hidalgo extremeño que había salido de Cuba en sus bergantines como un gentil corsario; que llegó a Tabasco, derribando de un bote de lanza la civilización maya; que fue luego a Ulúa, fundando allí la Villa Rica de la Vera Cruz; que en un arranque inconcebible había destruido sus naves para quedarse rodeado de enemigos, en un territorio misterioso e inmenso, para vencer o morir; que había vencido a Pánfilo de Narváez que, con fuerzas superiorísimas,

venía a hacerlo prisionero; que entró en Zempoala como un libertador; que sostuvo en Tlaxcala una lucha homérica, habiendo logrado dominar a un pueblo feroz y hacer de él un fiel aliado; que había arrasado Cholula, entrando, por fin, en la capital del imperio azteca, como triunfador, siendo recibido con honores reales por el Emperador en persona; él, que había logrado ya encadenar un imperio inmenso, de fabulosa riqueza, al áureo trono del César Carlos V, ganando para la civilización y para el cristianismo, la porción más rica, adelantada y orgánica del Nuevo Mundo; después de haber derrochado tanto valor, tanto ardimiento, tanta voluntad, tanta constancia, tanta fe, tanta astucia, tanto talento, tanto genio en su empresa inmedible, ahora la ve por tierra. ¡Espantosa situación! ¡Qué hacer! ¡A dónde ir! Los otros pueblos por él sojuzgados, al verle entrar derrotado y mísero, se volverán contra él. Está frente a frente al Destino. Se cubre la cara con las manos para no ver su horror y llora, llora amargamente; al pie del ahuhuete amigo de la *Noche Triste*. Su mano izquierda ha sido traspasada por una flecha, su frente está herida de una pedrada; pero en su tragedia, él no se cuida de ello; doña Marina, su intérprete, su amante, su guía y ángel tutelar, trata de restañarle la sangre y las lágrimas. Flotando en un ambiente trágico, como antorcha de tinieblas, la bruna cabellera, le sigue la india de bronce, que en esa noche está pávida y dolorosa.

El capitán general es un hombre en plena juventud—treinta y cinco años cuenta—; alto, gallardo, férrea la testa bajo el férreo casco, en que tiemblan las plumas militares, su frente abombada, alejar de uno de los mayores genios de la historia, se alza en cúpula egr'gia sobre unos ojos de fuego; una barba rala y lacia sombrea su rostro tostado por los soles de la gloria; una férrea armadura cibe su cuerpo delgado, y del cinto pende la espada conquistadora y creadora de pueblos y naciones. El espíritu inmenso de Cortés está indeciso; no sabe qué partido tomar ni cómo encontrará salvación, tiende la vista en torno, y sólo encuentra la cerrazón hostil de los horizontes; él, que es un místico, a su manera, levanta los ojos al cielo, implorando el auxilio del Dios de las batallas; su cabeza parece crecer y crecer, hasta coro-

narse de astros; pero las estrellas le circundan impasibles y frías; consulta con sus capitanes, mas nada se resuelve; todos están anonadados ante el desastre. Pasan las últimas horas de la noche en indecible angustia. . . . Por fin, por oriente, empieza a apuntar un resplandor pálido, que presta tonalidades hialinas a las cúspides excelsas del Ixtazhlihuatl y al Popocatepetl, los igneos centinelas eternos del Anáhuac. Es la aurora que llega, y, como un presagio enorme, el formidable desquite de Otumba.

Con el alba, ese puñado de héroes en derrota, sigue camino hacia el occidente; pronto se rehacen y consuman su empresa fabulosa. En el gran libro del Destino humano estaba escrito: debían cumplir su misión providencial. Al año siguiente, todo el imperio azteca rodaba hecho añicos ante el ímpetu inconstatable de las lanzas y de las espadas castellanas, y en vez de una civilización imperfecta, que llevaba en sí misma los gérmenes de su muerte, se irguió triunfante el monumento de la única civilización posible, de la civilización cristiana, de la civilización moderna!

Y ese guerrero portentoso, uno de los más grandes Capitanes de la historia, uno de sus más sublimes genios, no tiene en el país que él hizo nacer a la vida de la civilización, un monumento a su memoria. Pero ¿para qué necesita de un monumento especial el verdadero padre de la nacionalidad mexicana? Un monumento al uso, con su muñeco de bronce sobre pedestal de mármol, plantado en una plaza ciudadana o en un parque municipal, sería atentario a su gloria deslumbrante. Quédese, en buena hora, su espíritu inmenso anidando, como un águila caudal, en la copa del árbol de la *Noche Triste* y proyectando sus alas sobre el vasto territorio de la América. Todo ese país inmenso, que él forjó en diversos pueblos en perpetua guerra, y que ha venido a ser el núcleo más fuerte de la civilización hispana en el Nuevo Mundo, es todo él, en su enorme extensión, desde Yankiandía hasta Guatemala, con los miles de pueblos y ciudades que Cortés fundara, con todas sus grandezas y todas sus bellezas, el único y total monumento condigno y perdurable del gran Conquistador.

César E. Arroyo



Misterios que no Puedo Explicar

*Traducido del inglés para
"América", por P. P.*

(CONCLUSIÓN)

ES FACIL deducir que sus manos permanecían en aquella posición a pesar del peso de mi cuerpo, o debido a sus músculos, o a algún sustentáculo por abajo, o a sostén de arriba, distinto de los músculos, de esto no se puede dudar por cuanto el codo es gozne movedizo. En el caso de ser sostenido por los músculos éstos se extienden y se ponen rígidos. Esto tratándose de resistir el peso de diez libras, con mayor razón tratándose de resistir ciento sesenta y cinco libras, en la posición anteriormente descrita. ¿Cuál era el mecanismo que soportaba o suspendía los brazos? No lo sé. Que era un poder físico, no cabe duda, y de naturaleza completamente desconocida para nosotros.

Lo anterior hace recordar las varillas psíquicas del sabio Crawford, a las que decía célebres por golpes y elevaciones de mesa que les atribuía y cuya fuerza pretendía haber medido gradualmente. En el caso de Mrs. Exeter tengo la seguridad de que era algo físico que aún no se ha logrado identificar. Mrs. Exeter simplemente sustituyó el mecanismo ordinario de resistencia de los músculos por otro mecanismo que ella poseía y que probablemente todos tenemos, por lo menos potencialmente, pero sobre el cual no tenía dominio consciente.

Yo no resuelvo la cuestión... Allá se lo hayan.

Esta hipótesis (mal podíamos llamarla teoría) de que estas fuerzas o poderes sean emanados del propio cuerpo humano, se vuelve hasta cierto punto verosímil, si atendemos a algunas otras de sus manifestaciones.

Como éstas y otras pruebas eran sensibles a nuestra vista, procurábamos palpar la realidad de nuestra sensación.

Ahora bien, la vista se engaña más fácilmente que los otros sentidos. Es fácil imaginarse que uno ve objetos y cosas cuando tiene interés en el asunto. Pero, es bastante difícil creer que en un cuarto lleno de personas incrédulas, todos tuvieran la misma visión o vieran lo mismo, y que luego de comparar entre sí, como hicimos nosotros, convinieran todos en la identidad de la percepción;

tomamos todas las precauciones necesarias a fin de no cansar la vista, cerrábamos los ojos para mirar después de haberse disipado la imagen primera, porque de esta manera la inalterable y continua impresión del fenómeno hacía que la observación se volviera más interesante.

La emanación — una de las manifestaciones de que hablo —, cuando era visible, tomaba la apariencia de un manojo de heno y muy parecida al humo del cigarrillo, con la sola diferencia de que al viento o las corrientes de aire no lo disipaban. — La primera vez que la observamos pudimos ver que un pequeño manojo de heno se desprendía de las extremidades de los dedos levantados de Mrs. Exeter.

Su apariencia era tan débil que con razón podíamos dudar si esto era solamente creación de nuestra imaginación. Poco a poco esta como neblina color de leche, creció en volumen y densidad a tal punto que era imposible engañarse. Se adelgazaba a medida que uno se acercaba a Mrs. Exeter, y a la distancia de tres a cinco pies desaparecía prácticamente, pero aparentemente la emanación no era siempre visible.

A veces advertíamos algunas áreas o zonas frías en varias partes del cuarto y que parecían hallarse bastante definidas. Es decir que si extendíamos bien los brazos y gradualmente los volvíamos a juntar, podíamos determinar exactamente el ancho de la zona fría. Claro está que se puede objetar que es difícil poder medir la diferencia de temperatura por la sensación de las manos. Sin embargo es un hecho que no una, sino muchas veces, pensamos sentir todos lo mismo, al mismo tiempo y en los mismos lugares. Y en cierta manera, estas áreas reales o imaginarias, tenían relación con el cuerpo de Mrs. Exeter. Si uno de nosotros hacía ademán de pellizcar en una de estas áreas frías a la altura de la rodilla de Mrs. Exeter y a la distancia, más o menos, de seis u ocho pies, ella daba un grito e inmediatamente ponía la mano en la rodilla. Cuando tocábamos las zonas frías de más alto, llevaba la mano a la cabeza y así sucesivamente. Esto era, como si la zona fría transmitiera instantáneamente

nuestro tacto a los nervios de Mrs. Exeter. No olvidemos que durante todo este tiempo ella estaba con los ojos bien vendados y aparentemente inconsciente.

Al principio el fenómeno consistía meramente en la producción de la neblina. Una noche Mrs. Exeter pidió que mi mujer y otra amiga se sentaran, la una a la derecha y la otra a la izquierda y le tomaran las manos.

Voy a transcribir los apuntes que hice en el momento mismo en que se producía el fenómeno y que escribí inmediatamente.

"En la primera manifestación obtenida con esta colocación, la piel de Mrs. Exeter se volvía luminosa por sí misma, brillando con un blanco claro. Esto era evidente para todos nosotros, principalmente por el contraste con el color mate de carne de la piel de las señoras sentadas a su lado; a fin de asegurarnos que no era una reflexión de la luz, pusimos biombos para echar una fuerte sombra sobre ella, de manera que en relación con lo demás del cuarto, quedaba sentada en la penumbra. La luminosidad persistía. Nos volvimos a sentar. Las facciones de Mrs. Exeter se tornaron indecisas.

Su semblante tenía la apariencia de una mera masa, muy parecida al aspecto de las caras lejanas de una muchedumbre distante. Gradualmente una máscara luminosa semejante a la neblina, parecía que se formaba delante de su cara; al principio de manera intermitente. En los comienzos era informe, pero poco a poco, como vacilando, tomó apariencia rugosa. Parecía como si tentara formar otra cara en frente de la de Mrs. Exeter, sirviéndose de la "neblina luminosa" como de materia plástica. La venda de sus ojos desapareció por completo y todos vimos distintamente los ojos. Es difícil describir esta formación por cuanto fue lenta, intermitente, vacilante y un poco imprecisa. Por medio de un fuerte esfuerzo de concentración de la vista, era siempre posible ver al través de esta máscara, la cara de Mrs. Exeter con el blanco vendaje sobre los ojos, la cual desaparecía tan pronto como disminuía el esfuerzo de concentración y reaparecía la figura de la máscara". La imagen de esta máscara era la de una mujer desconocida para todos. Nos pareció un esbozo de retrato. "Su semblante, he anotado en mis apuntes, aumentaba y disminuía en claridad sin que por un solo momento existiera completa relación a una sola figura. Se parecía a lo que uno ve cuando mira objetos a una gran profundidad en agua clara y completamente tranquila".

Este fue el primero de los fenómenos que llamamos "máscaras" a falta de mejor

término. Vimos muchísimas de ellas desde el comienzo hasta el fin de las experiencias e hicimos muchas observaciones relativas a sus peculiaridades y a las condiciones en que se producían. Al andar del tiempo la producción se hizo más fácil, más pronta y más exacta. Comparando unas con otras nuestras observaciones individuales, llegamos a la conclusión de que por lo menos todos creíamos estar viendo el mismo objeto. Si estas emanaciones vaporosas y las máscaras modeladas en ellas, no poseían base física real, el solo hecho de que aparecían como actualidades una y otra vez, a personas como nosotros, difíciles de convencer, causaba mucha curiosidad.

Algunas veces las máscaras representaban a personas a las cuales todos o algunos de nosotros habíamos tratado cuando vivían. Los retratos eran buenos y podían ser perfectamente reconocidos. Sin embargo nadie pensó en que estos retratos fueran en manera alguna "materealizaciones" de las personas representadas. Simplemente parecían encontrar una fotografía desconocida. Observamos lo siguiente: Cuando la persona retratada era conocida de Mrs. Exeter, el retrato era más claro y más detallado.

Estas máscaras eran completamente claras y podían verse desde cualquier pared del cuarto y hasta que no se aproximaba a Mrs. Exeter. Al acercarse demasiado el delicado material de que parecían estar formadas, no era suficientemente denso para oscurecer la cara. Una vez Mrs. Exeter pasó la mano por delante de su cara y por el momento fue oscurecida por la máscara; luego ésta se precisó como antes, pero podíamos ver vagamente al través de ella la mano que se movía. Una ocasión, mientras observábamos la máscara, que se hallaba frente a nosotros, cambió de posición y se volvió al lado izquierdo; quedando completamente de perfil. Rápidamente atravesé el cuarto y observé que Mrs. Exeter no se había movido. Vimos muchísimas de estas máscaras, como ya dije, en las siguientes sesiones.

Poco a poco, estos experimentos tomaron un nuevo rumbo. El cambio se efectuó sin que la señora Exeter se diera cuenta de ello, ni inconscientemente lo motivara, y aun menos, nosotros tomáramos parte.

Una noche en vez de producirse las emanaciones vaporosas, notamos que los tobillos de Mrs. Exeter principiaron a resplandecer, a pesar de que se encontraban en completa sombra. Es difícil describir esta luminosidad. No era del todo la de

una fosforescencia, sino más bien algo parecido al brillo que produce la luz al través de un acuario. Movimos la lámpara a diferentes partes del cuarto tratando de oscurecer la luminosidad pero no pudimos obtener resultado. Después de poco tiempo el resplandor se desvanecía.

En esta ocasión, a fin de eliminar los detalles del fondo, hicimos que Mrs. Exeter se sentara delante de un biombo, que cubrimos con un paño de tela negra. Notamos que en esta forma la neblina se presentaba más clara.

"Estaba yo sentado a cinco pies de distancia de Mrs. Exeter, leo en mis apuntes, y ella se encontraba más distintamente visible a mí que ninguna otra persona en cuarto. Mientras yo miraba, sin fijar demasiado la vista, removiendo continuamente los ojos para evitar el cansancio, noté que los contornos de su cuerpo se confundían con el fondo negro, quedando netamente visible y prominente la blancura de sus brazos, cuello y cara que fueron a su vez cubiertos repentinamente por lo negro. Sospechando que esto fuese solo efecto de oscurecerse mi vista por la demasiada intensidad con que miraba, traté de reproducir esta sombra confusa a voluntad, y puse en práctica los medios que creí más convenientes, mirando intensamente, fatigando la vista, etc., etc., sin que lograra que se repitiera el fenómeno. Mas, tan pronto como cesé de hacer esto, y volví a mirar de una manera natural, el fenómeno se repitió". Dejé anotado anteriormente que el resto del cuarto se hallaba completamente claro; pues la neblina no se extendía a todo él.

Este experimento se repitió una y otra vez, pero de tal modo, que la extinción completa no podía durar más de un medio minuto cada vez, y entonces se podía observar en el centro de lo negro, siluetas luminosas de cabezas y hombros, mucho más pequeños que los de Mrs. Exeter. La luminosidad se asemejaba a la de un foco de luz incandescente, cubierto de una capa de hielo. Las siluetas nos parecían poseer mucha más personalidad que las máscaras. A la distancia de diez a quince pies de Mrs. Exeter el efecto se podía apreciar mejor. A medida que se disminuía esta distancia, "la neblina" era menos densa y permitía que la persona de Mrs. Exeter fuera más visible. A la distancia de tres o cuatro pies, lo único que se podía observar era una "neblina" muy ligera. En una de estas manifestaciones, la silueta luminosa que se hallaba en frente de nosotros cambió de posición y se colocó com-

pletamente de perfil, mirando a la derecha. Como observáramos lo acontecido, una de las personas que se hallaban sentadas junto a Mrs. Exeter, nos manifestó que ésta no se había movido. Inmediatamente pedimos que la silueta cambiara de posición y se colocara mirando al lado izquierdo. El cambio se verificó aunque la silueta no quedó completamente de perfil. Nuevamente se nos aseguró que Mrs. Exeter no se había movido.

Finalmente, se nos ocurrió colocar a Mrs. Exeter detrás, en vez de delante del biombo. Tan luego como hicimos esto, la singular "neblina" luminosa principió a aparecer, de manera muy clara, a través y por debajo del biombo. En un principio se la podía ver solamente por la rendija que quedaba entre el biombo y el suelo, pero después de poco tiempo principió a levantarse. La tela negra que cubría el biombo tenía unos cuantos pliegues muy en relieve. Estos pliegues fueron desvaneciéndose poco a poco por la "neblina luminosa", la cual finalmente tomó las dimensiones en alto y ancho de una persona en pie, y se colocó en frente del lugar donde Mrs. Exeter había estado sentada. Pero la "neblina" no tenía, ni siquiera vagamente, la apariencia de una silueta humana; solamente poseía las dimensiones de ancho y alto.

Pocos momentos después, la luminosidad se movió, como dos pies al lado izquierdo, a lo largo del biombo. Los pliegues, que al principio se desvanecieron, se volvieron a precisar; en tanto que los del lado izquierdo que hasta entonces se habían dejado ver claramente, desaparecieron. En este momento sonó el teléfono. Para ir a él debía pasar por detrás del biombo, y al hacerlo pude observar que Mrs. Exeter no estaba sentada, como habíamos supuesto; pues se encontraba en pie. Aún más, se había movido exactamente hacia el lugar en el cual había yo observado la manifestación al otro lado del biombo. De lo cual se concluye que la luminosidad de nuestro lado, de las dimensiones de una silueta humana había seguido exactamente a Mrs. Exeter en los movimientos que había hecho sin que nosotros lo supiéramos en el otro lado.

La otra mujer que mencioné anteriormente con Mrs. Exeter principió sus experimentos psíquicos por medio de la escritura automática. Este es uno de los fenómenos más comunes; tan común como el de la escritura por medio de la plancheta; y ambos tienen muchas y variadas explicaciones sobre el modo de producirse. Lo

único que parece ser firme y verdadero, a excepción de los casos fraudulentos, es que el lápiz se mueve sin *control-consciente* de la persona que escribe. Digo *control-consciente* porque una de las explicaciones es la de que los músculos de la persona que escribe son dirigidos por la subconsciencia. No hay manera de probar o refutar esta teoría en cuanto se refiere al mero hecho de escribir, porque el lápiz es tenido de la misma manera que todos lo tenemos de ordinario al escribir y por consiguiente no se puede dar con la causa, y es necesario deducirla. Hay que juzgar los motivos, la sinceridad y honradez, en suma, el carácter del manipulador.

Esta mujer, por lo menos en algunas ocasiones, puede hacer escritura que parece genuinamente automática. Mantiene el lápiz perpendicular y suavemente entre el dedo índice y el medio. En esta posición el lápiz se mueve en todas direcciones, la mano y los dedos permanecen inmóviles y sólo siguen la marcha del lápiz, a través del papel, formando caracteres muy grandes y desiguales. Exceptuando el punto de apoyo de los dedos, el lápiz parece mantenerse por sí solo.

Indudablemente, una ligera prueba vencerá a cualquiera que no existe movimiento muscular engañoso, que pueda hacer que un lápiz en esa posición produzca aquel efecto. He observado la maniobra a pocas pulgadas de distancia y podría atestiguar que los dedos no sirven sino de apoyo. Parecía como que algo empujaba la punta del lápiz debajo de los dedos o movía por encima de ellos la extremidad superior. Aun más, durante el tiempo que duraba la escritura, me pareció sentir una área de frío al rededor de la mano, muy parecida a las zonas frías, observadas junto al cuerpo de Mrs. Exeter.

Este parecía ser un caso genuino de escritura "automática" en el sentido de que no era producida por los músculos de la mano.

Esta misma mujer podía, en un cuarto oscuro cualquiera, producir luces raras, las que, por más que examinamos, parecían no tener un objeto determinado. Para realizarlas no había preparación de ninguna clase. Si a alguno de nosotros se le ocurría producir, por entretenimiento, "estas luces" inmediatamente nos reuníamos en lugar en el cual podíamos obtener mayor obscuridad. Se presentaban en ésta con mayor brillo; pero nuestro deseo era de eliminar toda iluminación física, para no desvanecer la producida. Esta

mujer es nuestra amiga íntima. Casi no creo necesario decir que está lejos de la menor sospecha de fraude y que jamás trata, bajo ningún pretexto, de explotar sus extraordinarios poderes.

Las luces eran de varias clases. Las más comunes eran las que llamamos "mariposa", por el brillo y rápida extinción de pequeños puntos, que semejaban a la aparición y desaparición de las luciérnagas. A veces estas luces eran algo coloradas, pero de ordinario eran blancas. Había otra clase, la cual se podía describir como manchas resplandecientes o fajas luminosas de mayor o menor intensidad. Estos fuegos artificiales eran a veces más primorosos.

Ahora viene, según los apuntes, la relación del caso más sorprendente.—*"En una de las sesiones, aparecieron al principio muy pocas, individuales y pequeñas chispas. Como todos no las veíamos al mismo tiempo, creí que era ilusión que provenía de la fatiga de los ojos, mas, luego percibimos un oblongo grande de un brillo color de leche, más alto que ancho, de mayores dimensiones que la ventana, y que se presentaba en otro lugar del cuarto. El extremo derecho gradualmente ganó mayor intensidad hasta volverse completamente claro, mientras el lado izquierdo desaparecía poco a poco en la obscuridad. Este oblongo se adelgazó poco a poco hasta tomar la forma de una faja de luz brillante color de leche. Parecía medir diez pies de altura y un pie de ancho. Sus dos extremidades se sombreaban hasta desaparecer la obscuridad. De esta faja cuatro pies, poco más o menos, eran más brillantes que el resto. En un principio la parte brillante se hallaba junto al suelo, pero gradualmente ascendió hasta que llegó a colocarse a la altura del tumbado. Durante este tiempo vimos ascender pedacitos o centelias de una sustancia más brillante, que aparecían por espacio de un medio segundo. Me recordaban las pequeñas partículas u átomos que se mueven en un rayo de luz solar. Finalmente, la parte más brillante de la faja principió a descender hacia el suelo, y repentinamente desapareció. Esta luz, en ningún momento, hizo visible las partes del cuarto contiguas a él. El fenómeno duró por espacio de diez minutos".*

Ahora bien, mi intención no es la de hacer una defensa de la realidad de estas manifestaciones, pues no pretendo comprender su origen ni su significado.

Lo único que procuro manifestar es que un buen número de personas, en posesión de

SEMBRADOR

A JOSÉ VASCONCELOS

El sembrador sembró la aurora;
su brazo abarcaba el mar.
En su mirada las montañas
podían entrar.

La tierra pautada de surcos
oía los granos caer.
De aquel ritmo sencillo y profundo
melódicamente los árboles pusieron su danza a mecer.

Sembrador silencioso:
el sol ha crecido por tus mágicas manos,
el campo ha escogido otro tono
y el cielo ha volado más alto.

Sembraba la tierra.
Su paso era bello: ni corto ni largo.
En sus ojos cabían los montes
y todo el paisaje en sus brazos.

Carlos Pellicer Cámara

todas sus facultades, observaron estas experiencias, sin otro motivo que el deseo de averiguar la realidad, deseo tenido ha largo tiempo, y debido a ciertas experiencias que habianles sugerido la existencia de ciertos poderes humanos fuera del alcance de nuestro control y comprensión. Creo que muchas más personas podrían hacer estas experiencias si lograran dominar el miedo que tienen cuando se trata de esta materia o la vergüenza de que las crean raras o que pueden ser fácilmente engañadas. Verdaderamente es enojoso ser engañado alguna vez y especialmente cuando se cae en la cuenta de la falacia. Pero a mí me parece aún más horrible el ser uno tan de cortos alcances que tenga miedo de tratar de examinar lo que nos ofrece la vida.

¿Para qué?... Bueno. Si a eso vamos entonces pregunto: ¿Cuál es el objeto de

estudiar aquello cuyo significado no podemos prever de antemano? Una gran parte de nuestros conocimientos actuales eran "misteriosos", "mágicos", "supersticiosos" a nuestros venerables antepasados. Y precisamente por la misma razón, porque no se adaptaban al molde de las teorías de aquel tiempo. ¿Dejaremos esta clase de estudios sólo para los expertos? ¡Muy bien! ¿Pero quiénes son los expertos? No pueden existir expertos antes de que exista una evidencia abrumadora en que puedan formarse.

El testimonio de unos pocos puede no tener importancia; pero si se continúa estudiando por un buen tiempo, tengo la seguridad de que llegará a ser muy valioso.

¿Y mientras tanto es muy interesante el explorar!

Stewart Edward White

Saludo Lírico

—ooo—

A Juana de Ibañeta,
la musa del Uruguay

¡Juana!
tu verso es un fino
trino
de gitana!...

Canta en él
tu piel
—¿miel,
perfume?...—
y el canto
resume
futura de griega
que un tanto se brinda y un tanto se niega...

Y en tu acento
¡Juana!
—no te digo un cuento—
tiembla la mañana
como lira en manos del sol y del viento!...

Con tu terso verso
que al amor invita,
—¡tu cuerpo es de seda y el día de oro!—
hablas el canoro
lenguaje de luz de Afrodita...

Leonardo de Vinci conoce tus manos...
Rafael tus ojos...
Fragonard tu pie...
y tus rojos sueños—sueños indohispanos!—
bordan el encanto
santo
de Areté...

Tu corazón
—¡sí corazón, cristal, violín!—
es un francés en la pasión
y una mujer en el esplín...

¡Juana!
tu verso y tú forman un fino
trino
de gitana!...

América—virgen violada en las aguas—
saluda tu cuerpo y tu amor,
tú eres de estos pueblos de sol, de piraguas...
y cuando nos hablas
la Raza, desonda, te tiembla en la voz!...

Baltasar Dromundo

México—(A la exquisita revista "América")

LA NOVELA NACIONAL

¿CONVIENE nacionalizar la literatura? Esta pregunta huelga, una vez que la han dado respuesta, en eruditas discusiones, los más altos representantes de cada pueblo. Hasta los descastados y extranjerizados que lloraban las miserias del Sena y describían las tardes de Estambul o las noches de Cristiania, se han convertido a esta doctrina. Porque, sin la nacionalización de la literatura, acaso no podrían concebirse la inmortalidad de los poetas, pongo por caso, ni las tumberras del mundo, desde el que cantó al héroe de su raza, Aquiles, hasta el sufrido Platero, reencarnación del rucio de Sancho Panza, con el que el melancólico poeta recorrió los campos de Moguer iguales a "pan de trigo", pasó el arroyo de los Llanos, fue por debajo del puente de las Angustias, contempló las montañas de su tierra, la colina roja y viña vieja de Cobano. En ella he leído cuanto he leído y he pensado todos mis pensamientos, dice Juan Ramón Jiménez. "En todos los museos vi este cuadro mío, pintado por mí mismo: yo, de negro, echado en la arena, de espaldas a mí, digo a ti, o a quien mirara, con idea libre entre mis ojos y el pendiente".

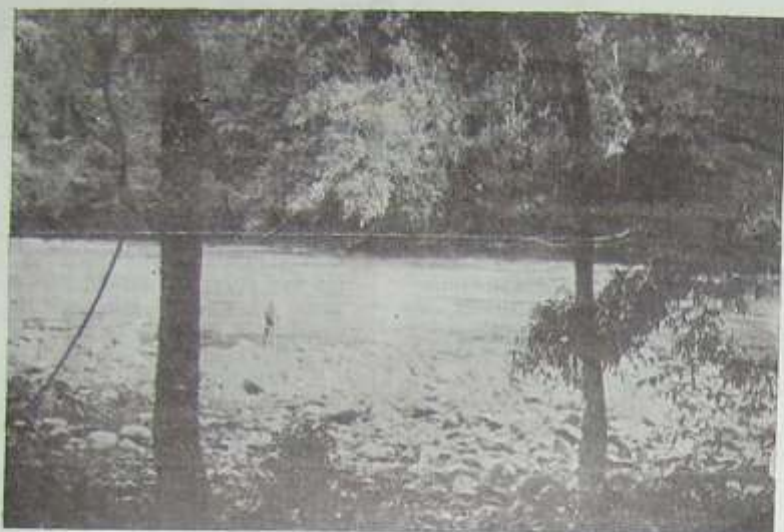
Los libros más grandes de la humanidad reflejando están la comarca propia, el paisaje nativo, las costumbres del pueblo preferido, la patria literaria. Los miopes creen que, al nacionalizarla, se han de cerrar las puertas al arte extranjero. ¡Graso error!

Hasta las palabras bárbaras toman carta de naturalización, y no se dignarán adaptarse al genio nacional las visiones de la lejanía? Podemos adornar nuestro palacio interior con cuadros que de allende los mares vinieron, sin que la vetusta morada deje de pertenecernos. El corazón humano es el mismo en todas partes. Se habla de las complejidades del sentimiento europeo, de la multiformidad psicológica de la parisienne, como si, aun en teatros reducidos, no se conocieran los mismos conflictos psicológicos en el fondo, aunque estén variando los matices y escenarios. Quizá haya más intensidad pasio-

nal, más contacto con la naturaleza, en recónditos y diminutos campos, en los que florece el alma primitiva. En todas partes hay Elisás, Galateas, Eléridas que inspiren a nuevos Garcilasos. ¿Ha parecido exótica en América la perversa psicología de Claudina, de la graciosa Colette, desde que entra en la escuela hasta que desaparece? La sustancia queda: sólo varía la decoración, que es lo superficial. Cuando el asunto cambia del todo en todo, ahí el sutil análisis, el profundo conocimiento del medio ambiente, el estudio de las condiciones fisiológicas de cada sujeto.

Pueblo que no arraigue su literatura en el espíritu nacional, no merecerá perpetuarse. La historia, a cada paso, nos está hablando de minúsculas naciones que surgen sólo por su literatura propia, genuina, vivida y escrita con sangre de sus venas. No son únicamente las demostraciones exteriores, el paraje, los que poseen sello nacional a la literatura: son estudios más hondos, penetración en la entraña popular, escarminamiento prolijo, o, mejor dicho, ambas cosas, casi inseparables: el mundo físico y el mundo moral.

Sotileza de Pereda, por ejemplo, no es la pintura santanderina, la montaña, el miraje marino: son todas las cosas, tanto el panorama de afuera como el interior, las costumbres de los pescadores y el alma sencilla y adorable de esa rica hembra, sanota y dulce: *Sotileza*. Preciosa novela regional es *Colomba* de Próspero Mércimec, por el cuadro externo y la descripción psicológica, por la visión poética y la observación personal. Y ni *Sotileza* ni *Colomba* son ajenas al entendimiento de los lectores más apartados y simpáticos. El *Quijote*, la más grande epopeya novelesca del mundo, es nacional, sin que por esto deje de ser universal. ¿Por qué se la tradujera y comentara tanto, si sólo la case a los españoles, a los de idioma castellano? Los de razas contrapuestas, ¿quién tan más quizá de aquella pareja inmortal que un buen día salvó de la Mancha, de partiendo incomparablemente. ¿Cuál la razón de este fenómeno? La de que el estudio del corazón humano pertenece a todos los tiempos y a todas las regiones. El



El río Cuchipamba en la Región Oriental.—Ecuador

genio de Cervantes creó un tipo español, *fotografió* costumbres y escenas españolas, reconstruyó irónicamente lecturas muy difundidas en la Península, trasladó a su paleta paisajes de su tierra, tipos, ciudades y campos de España. Todo, en la perdurable obra, evoca la cuna del artista sorprendente que tantos primores caseros reveló, que fijó tantos diálogos auténticos, con el donaire y la galanura que le fueron dones maravillosos. Sin embargo, junto con la castellana, la vida real y el hombre de los más lejanos países encarnados están en el Quijote, que no ohsitanto describir los ideales de una raza soñadora, acentúa la dualidad inacabable del cuerpo y el espíritu.

Conciencias estrechas suponen que la novela regional es joya en diminuto estuche encerrado por mano egoísta que no quiere exhibirla públicamente, algo así como el genio del cuento oriental aprisionado en una redoma. ¡Cuántos que se dicen andariegos cosmopolitas han visto la tierra sólo por el ojo de una cerradura! Para los pobres de espíritu, el viaje al rededor de su cuarto, como aquel famoso del inexorable ultramontano Maistre, consiste en darse de topetadas contra las paredes ó cazar las moscas de la pobre habitación sin horizontes, porque carece de ventanas. No son aptos para comprender ese como

esperanto psicológico que está dentro de marco local, trabajado por artistas genuinamente nacionales, que supieron del dolor propio, sincero, antes que de fingidas cuitas y amarguras que no apuraron jamás. ¡Realismo mentiroso que barnizó cachivaches robados! Demos interés y amplitud a lo que nuestros ojos del alma y del cuerpo palparon. El extranjero que lee a Cervantes no podrá por menos que admirar la casona española. La vida nacional refleja su clásica literatura. Así comprendemos la nacionalización de la literatura; así ansiamos que la novela desentrañe el alma ecuatoriana. No se suponga que el escritor realizará el aludido viaje al rededor de su sotabanco para contaros sólo el espacio limitado por cuatro tabiques. Puede encerrar un mundo y recordar ampliamente lo que aprendió, lo que vio, lo que sintió en el viaje de la vida.

¿Deja de interesar al extranjero la *Maria* de Isaacs porque respira atmósfera colombiana? El conflicto del amor, tan enternecedoramente narrado, es argumento para lanzarlo a la faz del orbe, entre lágrimas y madrigalescas añoranzas.

Acabo de releer el libro sentimental de Jorge Isaacs: *Maria*; aquella delicada narración de un amor puro que, por asocia-

ción de ideas y recuerdos, me transporta a los mejores días de la infancia, en los que la bella Cloris volteaba su canastillo de flores de tranquilidad e inocencia para perfumar nuestras almas. Son las once de la noche, fría y triste, como todas las de invierno, en especial en las soledades del campo. La hacienda *Piman* duerme envuelta en brumas. El silencio reina, interrumpido sólo por el monótono y ledo martilleo del reloj de pared y por uno que otro sonido de la flauta india de algún peón que retardó el retorno a la choza, a causa de la lluvia torrencial. Como eco perdido en la inmensidad de la montaña, llega hasta mí, con extrema tristeza, la queja pertinaz del yaravi, cual si esa extraña y desacorde música, sollozara por tantas cosas idas, por tantos cuadros y viejas figuras cubiertas de la patina del tiempo.

María es obra sentimental, novela que se ha conquistado la simpatía americana. ¡Cuán tierno aquel relato de un corazón de poeta! Comprenden la honda belleza de esas páginas los habitantes del Mundo de Colón que han sabido palpar la poesía de los paisajes tropicales, ante cuya espléndida decoración se desarrollan las más nobles y grandes pasiones. *María* tiene aire de las pampas, aroma de bosque, retratos de costumbres colombianas, rumores del Zabaletas, pastoriles recuerdos de la cabaña de la Honda, quizás reminiscencias secretas de la tierra natal del autor, Cali; ecos de los valles donde

"Rueda impasible, turbio, perezoso
El Cauca solitario, en su correr,
Columbiando al pasar languidamente
El triste sauce y el gradual umbroso" (1)

La primera ocasión que, con miedo, recorrí algunas páginas de esa pulcra novela, era yo niño: estudiaba clase infima. Hojear entonces *María* era, más que pecado venial, caso de expulsión brusca del seno del plantel severo, para el imprudente mozalbete que se atreviera a leer "novela de amores". Tal se presentaba la intolerancia en aquellos tiempos de tiranía intelectual y de exclusivismo sectario. ¡Quizás lo hacían de buena fe! Pero la falta de ideas pedagógicas y la mal entendida disciplina, que llegaba hasta el rigorismo, en lugar de conquistar prosélitos, creaban odios profundos que los años han amortiguado. Además, la prohibición de lecturas profanas servía de acicate para quebrantar la consigna y burlar el cuidado de los superiores. Bien sabe Jove que mis condiscípulos, mis contemporáneos, mis

concolegas que fueron alumnos internos en aquella época, si ponen los ojos en estas líneas, me sacarán con verdad, pues lo que afirmo es hecho indiscutible, que, por otra parte, no tiene nada de raro, si se examina la opresión de los pupilos de entonces.

Rico propietario de ahora, de nombre aristocrático por el mérito de sus antepasados, fue en el internado del colegio mi compañero. Hallábase su escritorio junto al mío en la sala de estudio. Como niño de fortuna, de nada le privaban sus padres, tratándose de antojos y comodidades. En cierta visita reglamentaria, dejáronle gordo cucurucho de monedas de plata, que él supo emplearlas juiciosamente, comprando, además de guantes para el juego de pelota, palitroques y algunos trompos, unos cuantos libros. Entre éstos, figuraba la hermosa novela *María* de Jorge Isaacs, edición europea de lujo, con pasta de la casa editorial española Jubera y Hnos. y labores al estilo de las que hay en la portada de algunos dramas de Shakespeare, editados en Barcelona por Montaner y Simón.

Es el caso que no concluí su lectura, porque la hacía a hurtadillas, unas veces escondiendo la obra en la carpeta; otras, poniéndola algún texto de estudio encima y, por último, consultándola al soslayo, favorecido por la sombra de mi brazo izquierdo, cuyo codo afirmaba en la mesa, apoyando la mano en la frente. Medroso como todo niño criado en el rigor, temblaba al ver al adusto bedel, a quien llamábamos cuidador de salón, que nos regentaba en las horas de estudio. Con paso menudo y callado, caminaba, breviarío en mano, aparentando aire humilde y simplón, pero regresándose a cada momento y recurriendo a la estucia para sorprender a los alumnos en cualquier flagrante contravención disciplinaria. Sólo el inteligente padrecito Risfrío, sonreído y bondadoso, nos toleraba algunas travesuras infantiles. Era el mimado de los niños: gustaba siempre de los suaves consejos, más no de las medidas violentas. Lectura profana permitía de tarde en tarde: Fábulas de Iriarte, Samaniego y aventuras de Julio Verne; pero nunca novelas de amores como *María*. El compañero aludido hizo regresar este candido libro a su casa, a fin de que no fuera comido. De esta manera el rigorismo educacionista impidió que concluyera la lectura de aquella obra que, según notables críticos, pueden manosearla sin ruñar hasta las más pudicas doncellas, pueden recorrer sus páginas los niños, no con miedo, sino apaciblemente, conmoviéndose al contacto

(1) — Soneto III Cauca por Jorge Isaacs.

suave de esas escenas puras y sentimentales que vierten sobre el alma el rocío de los santos afectos.

Perjudicial es la lectura de novelas para los cerebros débiles. Soy el primero en reprobar tan funesta costumbre, sobre todo entre los adolescentes; pero libros como *María* son morales.

Libre ya del encierro, la segunda vez lo lei íntegramente, cuando estudiaba filosofía en el externado del Colegio Nacional. Saboreábalo entonces con detenida fruición, porque ya comenzaba a comprender de achaques literarios y ponía atención en el fondo y en la forma, en la naturalidad de la narración y en su fácil estilo. *María* es un poema virginal. Trae de suyo lágrimas a la pupila y tiernas frases a los labios.

"¡Ah! los que habéis llorado de felicidad así, llorad de desesperación, si ha pasado vuestra adolescencia, porque así tampoco volveréis a amar ya. ¡Primer amor!... noble orgullo de sentirnos amados: sacrificio dulce de todo lo que antes nos era caro a favor de la mujer querida: felicidad que comprada para un día con las lágrimas de toda una existencia, recibiríamos como un don de Dios; perfume para todas las horas del porvenir; luz inextinguible del pasado: flor guardada en el alma y que no es dado marchitar a los desengaños: único tesoro que no puede arrebatarnos la envidia de los hombres: delirio delicioso... inspiración del cielo... ¡María! ¡María! ¡Cuánto te amé! ¡Cuánto te amara!"

¡Cuán triste la historia de ese amor inocente y desgraciado que se marchitó en flor, en la primavera de la vida, dejando, como un apagado hogar, puñado de cuitas en el corazón del joven soñador que, en las regiones de su fantasía, levantara los más espléndidos palacios! La felicidad huyó como una sombra. ¡Oh, el idilio y la tragedia dándose la mano! ¡Alma juvenil desgarrada sin misericordia por las espinas del dolor fue Eirain; ángel que vuela al cielo en temprana edad, María!

Pero el autor vivirá en muchos corazones de candor, desmintiendo el amargo despecho del poeta elegíaco que asegura que

"Ni Eirain ni María Holatrada
Tu muerte llorarán ¡oh amigo! ¡oh noble!
Tras de tanto baldón, venga la nada" (1)

María, María, ¡cuántas pasiones infantiles y qué mundo de ternezas evocas! ¡Có-

(1)—José Antonio Restrepo.—Poesías.

mo volviera a leerle, libro virginal, quebrantando la rígida consigna de la infancia, en la dulce prisión del seminario! Días de encierro y de sufrimiento aquellos; pero días felices de albura de conciencia. La serpiente de la ambición no rastreaba todavía, azotando a las almas, castañeteando de envidia, erizándose de coraje, aumentando los cascabeles del dolor. La vida entonces no era un combate, sino tregua inapreciable. Con la venida de la razón, empieza la lucha.

Otra novela colombiana de admirable marca nacional es *La Vorágine*, de la que ya se han hecho en Bogotá más de tres ediciones.

La Vorágine, nombre sugestionador, atrayente como un remolino, de doloroso marco como el vértigo, fatalmente dovador como el abismo, como la selva, como la muerte; *La Vorágine* es la historia patética y real de los caucheros, de las infortunadas bestias que son explotadas bárbaramente en la desesperante soledad de la maraña tórrida, lejos de la moral, de la ley, de la justicia, de la piedad humana. La sed del oro en el que se transforma ese líquido lechoso arrancando a la selva, tienta al delito y a los sucesos más inauditos. Hace algún tiempo, en nombre de la civilización, la prensa de Inglaterra denunció los crímenes ocultos e impunes, repugnantes y repetidos, que se cometían en el intrincado Putumayo, martirios, matanzas, robos, esclavitud, trata blanca, hambre, desnudez, salvajismo. Estos cuadros horrorosos y sangrientos, como visión dantesca, se suceden en *La Vorágine*, admirable relato del escritor colombiano José Eustasio Rivera.

Se presenta como limador de los manuscritos del infortunado y talentoso Arturo Cova que fueron remitidos al ministerio de su patria por el consul de Colombia en Manaos. Esta circunstancia y el fragmento de la torturadora carta que reproduce, contribuyen al mayor interés, al *despistamiento*, a la seducción del libro, que, desde sus comienzos, se apodera del lector, llevándole por parajes desconocidos, habitados por la desolación y el exterminio: tumbas rodeadas de maleza. Desde que el protagonista Cova sale, con Alicia, de Bogotá hacia el Casanare, hasta la odisea en busca de la madre infeliz y el ansia de sanción para el feroz Barrera, todo impresiona y despierta curiosidad creciente.

Rápidas descripciones, siniestros brochazos, vivas hipotiposis, darían motivo para más extensas narraciones, que el au-

tor las sintetiza hábilmente, desplegando, como en cinematógrafo de pesadilla, una cinta fatal, que levanta protestas y lágrimas. Se siente el horror trágico del árbol que engaña, la vida agresiva que en su fecundidad todo lo devora; la muerte ineluctable en medio del verdor lujuriente. Hambrientas hormigas —congas bravas y temibles tambochas—, fiebres tropicales, beriberi, traidora, hojarasca, bejuco hostiles, locura de la selva inhumana, ríos llenos de dificultades, sombras espantables y tiránicas ¡qué de adversarios, superiores a la más indomable energía!

“¡Oh selva, oh selva, esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina!”, exclama José Eustasio Rivera, al pintar la prisión inaudita de un puñado de valientes y desalmados, en la mortal peregrinación en busca de libertad redentora. Si fuggaban de un martirio, caían en otro peor. Hasta los asesinos se asesinaban, dice el autor, al invitarnos a una hecatombe inspirada por la codicia. Luego, las lubricidades inconfesables y las dictaduras monstruosas.

Acentuadas pinturas de caracteres surgen en *La Vorágine*, destacándose la del viejo Clemente Silva, padre misérrimo que ambula floriqueando por la espesura, como por una sucesión de vía crucis, en busca de su hijo Luciano. Estos episodios ascienden a la grandeza de una tragedia oculta en el misterio de la montaña. La ironía del infortunio llega hasta el indescriptible sarcasmo, al palpar la peregrinación macabra de unos pobres seres, humanos esqueletos, perdidos en la selva: ¡los prófugos caucheros desorientados en el tenebroso mar de vegetación!

La lectura de los pavorosos naufragios no impresionan tanto como ese naufragio en el piélago de verdor. Queda el horripilante recuerdo de maldiciones y fratricidios apretándonos el alma en el puño. A cada paso, cadáveres de racionales que cayeron, víctimas del crimen, de la impotencia, de la vesania selvática, de las enfermedades, hambre y sed en el rancho fatal de la montaña implacable.

El aislamiento, la falta de sanción, descrazonan más, apagando hasta los últimos chispazos de la esperanza.

Bien escrita *La Vorágine*, no tiene desperdicio. Al contrario, se experimenta el deseo de obtener mayores noticias que al fin den paso a un rayo de optimismo y de justicia.

Pocos tecnicismos —la jerga de los caucheros— necesitan de explicación; se los comprende fácilmente. Con todo, no les

haría daño al ir acompañados de algunas notas. El verbo *picurear*, por ejemplo, es desconocido entre nosotros.

La importancia del libro es tal, que olvidamos por completo la novela, para sólo abrir las bronceadas puertas de la evidencia. Esta ilusión cautivadora, que destierra cansancio y ficción, el mejor elogio de *La Vorágine*.

Se nos antoja que quien se dejó atraer de la selva, perece en ella, en la vorágine que le traga, porque la paradoja se cumple: tanta vida tropical es sentencia inapelable de muerte, en la ubérrima y tenaz lucha de la naturaleza por absorber al pobre rey de la creación, ridículo gusano en el mar selvático de profundidades alucinantes, letales caricias, paisajes que acobardan y misterios que desorientan.

Para el fracaso de tantas vidas de obreros que a sepultarse van en la montuosa cima, el nombre de *La Vorágine* sube a las alturas de la épica elocuencia.

Saber bautizar a las cosas es un triunfo más, concedido a pocos mortales.

En el Uruguay, Víctor Pérez Petit nos ha referido gráficamente los horrores de la guerra civil, la barbarie del alma campesina, en su sabrosa novela *Entre los Pastos*, que rastrea el temperamento de la infortunada Baudilia, las complicaciones amorosas de Juan de Dios y la pasión salvaje del capataz Margarito. Ahí los bandidos de las revoluciones, el ir y venir a salto de mata, los encuentros sangrientos, las proezas de terribles lanceros como Ciriaco Cruz. Ved esta cinta trágica:

“Ya bajaba el tropel de gauchos en medio de un imponente alarido. Las descargas cerradas, como guadañazos colosales de fuego, barrían a los jinetes; pero los demás seguían su avance desbocado, estrechando filas, llenando los claros, como un turbión de poseídos. Y así se produjo el choque. Hubo una espantosa confusión de jinetes e infantes; un trueno de descargas a boca de jarro, al que contestaba el gachaje con chuzazos y mandobles; un griterío frenético de gentes locas que se asesinan y se despedazan. Rodaban los caballos; saltaban los jinetes, caían los infantes, bramaban los heridos, fulguraban los máuseres, flotaban las banderolas de las lanzas. Era un remolino de hombres y de bestias persiguiéndose, rodeándose, escapando, volviendo, amontonándose, en medio de gritos y de relámpagos, entre juramentos de hombres que se desangran pisoteados por los caballos y truenos de fusiles que abatían en seco a los centauros”.

Otro escritor uruguayo, español de na-

cimiento, Vicente A. Salaverri, nos convida a gustar con intensidad los encantos del campo, lejos de Montevideo. Por sus páginas susurra un vientecillo, como de jardín propio, aromado por flores cuya esencia conocemos. La hacienda de *Los Canelones* se muestra con lo que le es característico. Nos lleva el autor a las faenas campestres, a la "poesía del trabajo", con los esquiladores que guardaban sus fichas, que representaban medio real, en curiosas portamonedas; asistimos a la caza de perdices y de zorrillos. Allí el lenguaje pintoresco de los labriegos, sus bravíos sentimentales, su épico valor, su fidelidad a toda prueba; allí los hervores de la *lucha sufragista*, las mesas receptoras de votos, por último, el crimen: Guevara ve caer a su patrón Víctor del caballo con un tiro a quemarropa. La sangre por doquiera, los ayes de dolor por todas partes.

—¡Para qué habremos nacido!— era la exclamación del coro.

¡Pobres víctimas de la vida! Hombres atormentados; mujeres derrotadas; niños que, sin haber hecho mal, pagaban las culpas de quien sabe cuántas generaciones.....

"Y en las densas, en las compactas tinieblas; se enciende de pronto una llama azulada, semejante a la del alcohol. Y la trémula llama se iba alzando, alzando, alzando. Y entre sus crestas de fuego, todo nimbado de luz solar, envuelto en una túnica inconsútil, se elevaba el cuerpo pálido de aquel crucificado que padeció en Judea. Era el romántico nazareno de las turbas floridas, que extendía sobre las víctimas sus trucidadas manos penitentes. —¡Sembremos el amor!... ¡Sembremos el amor!"

Junto a la miseria humana, el novelista y narrador de fibra Salaverri nos da el consuelo de la lujurante naturaleza uruguaya, tan próspera en su ganadería. La pintura de hábil artista puede verse en pocos párrafos. "Los valles, dice, aparecían en sombra. Febo iba declinando. Bandadas de cotorras, después de cebarse en los maízales próximos, buscaban para dormir el abrigo de los más altos árboles. En torno de unas chacras lejanas, revoloteaban bandadas de tordos; pájaros holgazanes, que no hacen nunca nido. Enhiestos cactus ponen, como un castigo, sus gruesos troncos espinosos sobre la estéril roca. Con la negra tijera de sus alas, corta el aire un carancho..."

Son visiones hermosas que, como perlado rocío espiritual, tonifican nuestro ánimo, abatido por la perfidia humana; son

promesas de futuras cosechas más opimas.

"El campo se llena de rumores. Es esa música cromática que cobra siempre un encanto nuevo con el crepúsculo. El motor del auto amplía sus latidos, como un gran corazón, al ascender por los repechos. Los jinetes escoltan el vehículo. Gritones temereros alzanse revoloteantes. Una lechuzca asalta a todos con el mirar de sus ojos inexpresivos y extáticos, en una cabeza todo movilidad. Las ranas de un bañado le cantan a la luna que no quiere salir".

Los escritores de savia juvenil, que observan las cosas y saben transmitir con vigor el resultado de sus contemplaciones, gustan siempre por sinceros y por llanos.

Salaverri, que ya se inició con otra novela: *El Corazón de María*, es periodista de fuste, sagaz para las entrevistas. Mesurado temperamento crítico, su brillante carrera le augura triunfos. Es optimista. Sin embargo, apura a veces la ironía que va hasta el desencanto, cuando se acuerda de la tarea ardua de los que escriben, sobre todo en atmósfera hostil que no comprende el esfuerzo físico y el desgaste mental de los peones de la pluma, como aquel pretérito genio dramático que se llamó Florencio Sánchez. ¡Qué tarde llegan las reparaciones! "Cuando se hacen poesías en el Río de la Plata, se demuestran, por lo menos, dos cosas criticables, murmura: afán de destacar intelectualmente y escaso sentido práctico. De lo contrario, nadie perdería el tiempo en empresas que, sobre no dar provecho, sirven para que mucha gente hable mal; porque si bien es cierto que todos aspiramos a ser distinguidos, es igualmente exacto que a todos nos molesta la ajena distinción. A cada uno de nosotros nos placiera sobresalir; siendo toffe señora, en tanto descamos que los otros resulten a nuestro alrededor esa barrida de cosas chatas, cuando no vulgares, que circundan el monumento erigido por la audacia de quien concibió el campanil. No es otra la razón de que a toda gran dama se le calumnie, a toda beldad se le busquen defectos espirituales y a todo escritor de talento le persigan cien viboras, que destilan ponzoña por sus estiletos..."

En la Argentina, Manuel Gálvez recuerda la aristócrata ciudad tradicional, Córdoba; la vida vertiginosa de Buenos Aires; las costumbres del pueblo en sus novelas. El autor de "La Gloria de don Ramiro" da a la América una novela. Surge, en la frijeza del marco nacional, Zogobí, de Enrique Laryeta. Su lectura plasma la sensación de la estancia argentina.

Se diría que la imaginación recorre el paisaje de la pampa, tierra sin historia, pero pletórica de vida y de promesas. Acude, por el espiritual convite del autor, a las bestias y costumbres campestres de "El Mirador" en la castiza novela criolla. Conozco la tercera edición, salida de los talleres de Jacobo Peuser, que advierte ser la definitiva.

Admiré, hace años, a Rodríguez Larreta que con tanto arte evocó el ambiente de Avila y nos refirió sus impresiones de la España férrea.

Ahora, el acaudalado Enrique Larreta trae una historia trágica, en la que —como en Rigoletto cae asesinada Gilda por causa de su propio padre que se equivoca en señalar a su víctima,— el apasionado Federico, o Fico, cual le llamaba su cariñosa madre Rosario, asesina, en las sombras de la noche, a su idolatrada novia Lucía, creyéndole embozado enemigo. Por debajo del poncho, le hunde el puñal en presencia de la supersticiosa y extranjera Zita. Advertido el error, clavase el cuchillo en el corazón. El drama es terrible.

Larreta pinta bien a sus personajes y describe con maestría.

He aquí algunos bellos trozos, tomados al acaso:

"Una tarde, una de esas tardes trémulas de fines de verano, en que a punto de anochecer el campo se sume en alucinada melancolía bajo el sollozo del cielo, y en que parece que la conciencia de todo lo que existe se detuviera un momento a meditar en su loca ansiedad, Lucía y Federico regresaban juntos de una cacería de aves-truces, en San Miguel, siguiendo los coches de la familia, ora al trotecito, ora al galope de su caballo. En toda la extensión inmensa, el rosado vapor de una laguna, a cuyo borde plañía un rebaño, del mismo color de la niebla, era lo único que interrumpía la línea del horizonte".

"Mañana radiosa de ese fino mes de mayo, que dice mejor aún que los meses primaverales, la gracia vivaz de esta tierra de los frenos de plata, de las grandes espuelas, de los jinetes flacos y ágiles".

"A medida que la luz se apagaba en el cielo, crecía en la laguna el parloteo de los pájaros innumerables que buscaban sus nidos o se acomodaban para dormir. Los ciervos de cuello fúnebre aparecían y desaparecían, a lo lejos, entre los islotes. Pasaban, ideales y trágicos, en el crepúsculo".

"Por momentos oíase gemir a las lechuzas o craciat vagamente a los cuervos, que pasaban volando muy cerca, pero invisibles; mientras, en torno del agua, el canto de los rapos y las ranas se concertaba en un solo sonido como la nota continua de un roce en el mojado cristal".

Larreta maneja bien el castellano, da tersura a las frases, al par que las reviste de sobria elegancia. Sus oraciones son claras y de clásico sabor. En "Zogoibí" sabe transmitir la viva emotividad de la tierra que tanto conoce y las pintorescas peculiaridades del campo argentino. Viene a descubrir la mina, poco explotada todavía, de la novela americana, que tantos tesoros encierra.

Construyamos en terreno que nos pertenece, a fin de contemplar sonrosadas lontananzas desde nuestro mirador. No vayamos a dar razón de las antipodas antes de saber al dedillo la ubicación de nuestro hogar. Si el hombre se ha empeñado en recorrer los dominios de la naturaleza, ha subido a besar la frente de los cielos y ha bajado al seno de los mares, justo es que entre en el corazón de su raza: de su pueblo, de su familia, en una palabra, en su propio corazón, a sorprender, sus latidos, sus aspiraciones, sus morbos y sus esperanzas. Ciudades emporio de civilización florecen lo mismo en Europa que en América; pero quedan también vetustas urbes, llenas de calma y de poesía, de las cuales el novelista puede tomar suaves colores para sus cuadros. El certero análisis, el sentimiento generoso, hallan inspiración en lo pequeño y olvidado. Por esto ha cantado, evocando las ruinas silenciosas, el sentimental Mariano Granados, la melancolía y riqueza anímica de las añoranzas que otros desprecian.

"Estas calles tan solas, tan vetustas, tan rancias,
sin tenderos, sin gentes, de un identismo humano,
tienen espirituales, exquisitas fragancias
y esa noble acogida silenciosa de hermano.
Al revés de esas otras bulliciosas y huérfas,
son calladas, sombrías, de modestia inefable.
¡Cantan siempre al silencio de tan varias materias!
¡Tienen tantos encantos sus penumbras amables!"

Yo las amo y las busco como oasis de calma
 cuando escapo del hombre que va siempre conmigo:
 ese fiero centauro que es la sombra de mi alma
 y mi guía, mi esfinge, mi otro yo, mi enemigo.
 Y en la vida nerviosa, agitada, altanera,
 donde el nervio es la cuerda de un moderno salterio,
 estas calles calladas, son compases de espera
 que ha marcado, pausado, con su mano, el misterio".

Por fortuna, América se esfuerza hoy, con la pluma de oro de sus más altos escritores, en trazar y esparcir lo que le toca de cerca. Como en las remozadoras aguas de Castalia, encumbrados vates beben sedientos en fuentes del continente nuevo, para decir el poema del solar de sus mayores y de las glorias de la patria magna.

Jóvenes novelistas, desde México a la Argentina, siguiendo las huellas de Nájera, Nervo, Urbina, Sarmiento, Marmol, Rojas, Lugones, Gálvez, que se ocuparon en asuntos de América, cultivan la obra local, la de la sección, para integrar genuinamente la nacional, convencidos de que así edifican sobre sólidas bases una literatura criolla digna de abundar en monumentos respetables como las niveas montañas de los Andes. Tanto la provincia, el burgo, el barrio, como la república, la unidad como la pluralidad, la parte y el conjunto, son estrofas del himno patrio.

El criollismo ha sido calumniado: se le ha creído planta raquítica, de pobre raigambre y superficialmente trasplantada a estrechos vergeles, circuidos por vallas egoístas. Quienes tal propagan, creen a pie juntillas en las limitaciones del arte infinito en sus concepciones. El arte es la *Comedia Humana* del gigante Balzac, espejo de su época y de todas las épocas: pintura de Francia y del mundo; auscultación de enfermedades parisienses y cosmopolitas, de endemias y epidemias, historia nacional y general, geografía del lugar nativo y topografía del universo.

En la república del arte no se conocen los tratados limítrofes. Puede el genio tocar a somatén desde el humilde camparino de su aldea: las generaciones le oirán del uno al otro confín.

Mistral, cual un felibre de ardientes canciones, buriló, en dialecto popular no muy difundido, el idilio de una comarca limitada, de ingenuas costumbres. Nadie, sin embargo, negará que su *Mireya* no es patrimonio de la humanidad, como un sol de todas las regiones, y ha sido traducido —poema soleado y seductor— a muchas lenguas.

Si el criollismo ha de entenderse así,— artístico y de recia envergadura— pasará las fronteras. El navío cargado de tesoros navegará, por la amplitud de los mares, sin arriar su bandera. En arte, la inspiración nacional es secreto de inmortalidad. ¿No son nacionales, recogidos en la tradición del pueblo, los temas épico-líricos del mago Wagner, del sentimental Chopin y del melancólico Grieg? La lira orquestal de Gomod, ¿no se ocupó en arrancar sus armonías del fondo de los abrazados valles arlesianos y de la modesta granja de las Almezas?

El porvenir de la literatura ecuatoriana, fuerte, lozana, rica en ideas, se finca en su nacionalización, y en la nacionalización de sus empresas, de sus agrupaciones, y de sus ideales reivindicadores. Es necesario constituir la patria, caracterizarla desde las letras que nos atañen, desde el territorio que nos corresponde, desde la escuela y la educación que nos incumben, hasta sus instituciones, sus leyes y su hogar venerable, que esperan le estén ilustrando *inmanente* sus genios, sus hijos.

Como sombra simiesca, pasó la novedad de la importación de tendencias, copias, gustos y hasta vicios, que no consultó las típicas condiciones del *adaptamiento*, del lógico acomodo.

Los países pobres, chicos y umbrósos, requieren de preferencia artículos de exportación, lo mismo en sus productos agrícolas e industriales que en los del arte en sus complejas demostraciones, esto es, del intelecto. Que nos conozcan dignos de la civilización, que lentes de aumento se enfoquen en nosotros, para que de este modo sean palmariamente rectificados los errores groseros y los prejuicios ridículos.

¿Y qué campo más vasto y ameno, más fecundo y a propósito para la artística prédica, para la difusión magnífica, que el de la novela?

Más hará ella que los políticos ineptos y los diplomáticos indolentes.

En el Ecuador recorrió el esplendor de su zona oriental en "Cumandá", relato triunfal, Juan León Mera, que nos pinta, junto con las maravillas de la selva, un



Cabaña de nuestras vírgenes selvas orientales.—Ecuador

drama entre salvajes. De las costumbres provincianas es fácil reminiscencia su novelita "Entre dos tías y un tío", de trágico desenlace.

"Egloga Trágica" es la fotografía del alma esquiva del indio y el grito de la naturaleza bravia.

Fernando Chávez con "La Embriujada" descubre las hechicerías de los curanderos primitivos y la ignorancia de los campos. "Plata y Bronce" del mismo autor es la palpitation de la raza vencida, la inmutable psicología de la *longa*, el bello asunto nacional, trazado con fina observación de lo que al Ecuador toca con derecho.

La novela nacional, más que asunto de mera exterioridad y empleo de voces criollas, es el reflejo de la conciencia de los países americanos.

El Ecuador, no obstante lo que lleva andado, no sale todavía de la infancia. Es, en verdad, niño en la vida de las naciones. No tiene ni un siglo de existencia republicana. Sería temeridad exigirle arte propio. El arte nacional se forma a través de las edades. Mucho es que ya se precie de cantar sus bellezas, tendiendo a enraizar la novela dentro de un marco hecho en casa.

El arte es cosmopolita, por otra parte,

y jamás puede sustraerse a las corrientes universales. Un sabio de nuestros días, Gustavo Le Bon, ha dicho que "hoy ya no existe ningún pueblo que tenga un arte nacional, y todos, ya sea en arquitectura, ya en escultura, viven de copias más o menos felices de épocas desaparecidas".

Si en la novela nacional se dejan sentir influencias extranjeras, que, en medio de la reproducción, el género nuevo no olvide a la patria, pintando cariñosamente lo que ve, cuando no acierta a entrar en su alma.

Artistas ecuatorianos han producido admirables flores de belleza. Que el jardín se enriquezca, a fin de poder presentar al mundo la mayor cantidad de emoción, sea de propia cosecha, sea inspirándonos en los maestros de viejas comarcas, llenos de experiencia.

Por lo pronto, la novela empieza a ser americana: cada nación exhibe las galas de la tierra, aun cuando no siempre salga airosa en la exteriorización de los conflictos psicológicos.

Alejandro Andrade Coello

Quito (Ecuador) 1927

P O E S I A S

DE "PÉTALOS SOBRE LA CENIZA"

Juntos los dos estábamos
cuando la Primavera
gritó: —"Dejadme entrar"
y golpeó en nuestra puerta.

De su dulce alegría
nos ofreció el secreto;
nos ofreció el temblor
de sus retoños nuevos.

Mas yo estaba ocupado en mis pensamientos;
tú hilabas en la rueca....
Ella se fué, y la vimos alejarse
con las rosas postreras....

Ahora que no estás, amada, junto a mí,
vuelve la Primavera,
grita: —"Dejadme entrar"
y golpea en mi puerta.

Y me ofrece un temblor de secas hojas
y el eco de un arrullo de paloma.

Estoy en la ventana. A mi lado un fantasma
hila tristes ensueños. Para la Primavera
que me trae solamente recuerdos dolorosos,
se habren todas las puertas ...

Robindranath Tagore

Claridades

Bendigo esta mañana que en un arrobamiento
de luz ha disipado mi angustia tenebrosa,
y que a mi corazón ardoroso y sediento
ofrenda, henchida y grácil, la copa de la rosa.

El horizonte se abre en un deslumbramiento
de intensa limpidez, de vida jubilosa.
Y en los blondos racimos de la acacia frondosa
susurran invisibles las abejas del viento.

¡Bendito sea el éxtasis vibrante, el infinito
fervor con que me embriaga la nueva primavera,
el fresco y ancho seno de la tierra fecunda,

el canto del humilde campanario; y bendito
el gran dolor de ayer, pues sin él yo no hubiera
sentido la alegría vehemente que hoy me inunda!....

Canción Hebrea

En el pebetero azul de la tarde,
el sol se ha extinguido. Con loco vaivén
el aire estremece los claros rosales....

¡Danza, Salomé!

Sobre el ámbar vivo de tu cuerpo ondulan
trémulos fulgores. Una extraña sed
alarga tus ojos brillantes y extáticos....

¡Danza, Salomé!

Que tus brazos finos y nerviosos tracen
arabescos de una honda esplendidez
en la vasta noche de estío, aromada
de sándalo y miel....

Danza sobre el fresco tapiz de jacintos,
danza bajo el verde fulgor de Astorel;
que luego, en un plato de bronce, en tributo,
mi alma ensangrentada de amor te daré. . .

Lo Eterno

La corona de espinas que desgarró tu frente,
desgarrará la nuestra inexorablemente.

Como tu pecho, el nuestro se abrirá en cien heridas.
¡En vano imploraremos con frases doloridas!

Morderá nuestras almas tu infinito pavor,
morderá nuestra carne tu infinito quebranto.
Y lívida de sed, llameante de clamor,
beberá nuestra boca la viva sal del llanto.

No hay angustia, no hay fiebre, desmayo, abnegación,
que no sintieras Tú en la crucifixión.

Deshecha por el clavo, rígida, ha de sangrar
nuestra mano que sólo anheló consolar.

Mas. . . . cómo maldecir nuestro inmenso dolor,
si él nos trae, día a día, tu recuerdo, Señor!

Gastón Figueroa

Montevideo, Uruguay

LA ASCENCION DEL SEÑOR

TRADICION QUITENA

DECIDIDAMENTE, ya al Ilmo. Señor Obispo de Quito, Don José Pérez Calama, se le colmaba la medida de su paciencia. ¡Qué pueblo éste, y qué clérigos le había tocado gobernar!

Todo lo encontró malo en su diócesis, al tomar posesión del Obispado en 1790. Todo lo quiso reformar y, despedido de no poder hacerlo, un buen día se salió de Quito, sacudiendo sus zapatos, para ni siquiera llevarse el polvo de la ciudad rebelde a sus consejos....

Lo que más le entristeció y despechó al buen Obispo fue la supina ignorancia del clero: todo lo demás lo hubiera soportado, tal vez, con cristiana resignación. Innumerables eran estos ministros, que más parecían del diablo, que de Dios. Entre ellos brillaba el Doctor Custodio, de cuya estrambótica figura guarda, hasta ahora, Quito, tanta memoria.

Era este santo sacerdote un regocijado personaje, cuyas peregrinas ocurrencias solían sacarlo muchas veces de los mayores aprietos. Su ingenio vivo y travieso alejaba de su cabeza los rayos que su ignorancia o su moral, un tanto elástica, atrajeran sobre ella, ya de parte del Obispo, ya de la de los Magistrados Reales.

Pero llegó momento en que el Sr. Calama, aterrado de cierto sermón que sobre la caridad el Dr. Custodio predicara, y en el que, después de ponderar los efectos y méritos de la tercera de las virtudes teológicas, terminara con esta frase, de pura verdad, aunque amarga: "*Hermanos míos: la caridad trae fatales consecuencias, le suspendió a divinis*, quitándole, así, toda facultad para ejercer el ministerio sacerdotal. ¡Perrilla pena para el pobre clérigo, que lo era de misa y olla! ¡Adiós el peso diario de la misa, su único sustento! El Obispo le obligaba, a estudiar seis meses asiduamente teología, rúbricas, cánones, qué sé yo!... toda una biblioteca de abstrusos autores, antes de rehabilitarle, de devolverle, con las licencias de celebrar, su pan cotidiano.

Molino, retiróse a su pobre albergue y púsose a quemarse las pestañas sobre voluminosos in folios. Conoció las angustias de Don Quijote: las noches se le pasaron de claro en claro y los días de turbio en turbio.... Y los pocos reales que en sus tiempos de bonanza había podido guardar, se evaporaron.

Mala consejera es el hambre. El enemigo común acecha con ventaja al que ayuna. Un cuerpo flaco y débil sustenta mal deseos y virtudes heroicas....

Con la cabeza ardiente de tanto y tan prolijo estudio, y con el estómago ligero del tan poco alimento ingerido, su solaz era salir a ratos, a tomar un poco de sol en una azotea de la casa en que, con otros inquilinos, vivía.

Un día en que, tristemente meditaba, en la azotea, sobre su misera suerte y en que el hambre cosquilleaba sus entrañas, como el espejismo en el desierto al sediento un lago resplandeciente, así, el hambre a la imaginación del pobre clérigo le presentó la imagen de las bodas de Camacho.... En medio de su desconsuelo, sus ojos descubrieron en el corral de la casa, a donde la azotea daba, una gallina que, con sus polluelos, picoteaba la tierra. Quedóse mirando a las aves que, más felices que él, encontraban sin estudio ni fatigas, y con sólo escarbar el polvo, prodigo para ellas, su sustento... Al pajarillo del aire Dios no le niega el alimento.... Y él... Se moría de hambre. De ser menos ignorante, recordara el célebre monólogo de Segismundo, de La Vida es Sueño:

Y yo, teniendo más alma,....

De pronto, el Enemigo Malo le sugirió una tentación irresistible: Aquella gallina, qué gorda estaba! ¡Y qué bien estaría en la cazuela! ¡Qué caldo había de dar su carne suculenta....! Pero el ave era el encanto de la beata que vivía en las piezas bajas, era la pepita de su alma timorata, huérfana de amores más sustanciosos... El hambre, sin embargo apretaba, y la tentación con ella.

Al fin, decidido y, vencido el último reducto de su temperamento honrado, el Doctor Custodio entróse en su aposento, rumiando un crimen. De un alfiler, fabricó un anzuelo, al que ató un cordelillo. Puso un grano de maíz, del plato de tantos del tresillo en el improvisado aparato, y, volviendo a la azotea, dejó bajar al patio el anzuelo, y esperó anhelante.... Pronto la gallina se apoderó del maíz, y el Doctor Custodio principió a tirar del cordel: la gallina comenzó a subir por los aires....

Todo marchara bien sin la alharaca que la madre y sus polluelos armaron. Ya llegaba la presa a manos del raptor, cuando la beata apareció en el corral. Ahí las furias, allí los gritos y los improperios. —Cómo! Le había de llevar así su linda gallina el clérigo picaro! Al Obispo había de quejarse más que de prisa!

El atortolado clérigo hubo de abandonar su presa. Su crimen quedó frustrado y su hambre insatisfecha....

Llamado a palacio, fuese humilde y temblando. El Obispo, al verle, y sin siquiera mandarle levantar, pues el delincuente se había arrodillado para besar la mano del Prelado:

—¿Cómo, Doctor Custodio!—le dijo—¿Qué degeneración es ésta en que usted ha caído? No contento con ser el ludibrio del clero por su ignorancia, ahora se vuelve usted ladrón de gallinas?

—Ilustrísimo Señor —contestó humilde y suavemente el Doctor Custodio—Vuestra Señoría, con misericordia paternal me ha mandado estudiar para rehabilitarme. No soy un ladrón, Ilustrísimo Señor. La miseria no me ha hecho caer en semejante pecado. Dignese Vuestra Señoría oírme con mansedumbre y caridad: Vuestra Señoría, en vista de mi ignorancia, me tiene suspendido a *divinis*, y me ha mandado estudiar. Me he aplicado sobre los libros, mientras los tuve, porque llegó momento en que fue preciso irlos vendiendo para no morir de hambre. Mas, obediente a mi Prelado, no por falta de libros quise

dejar de estudiar: me quedaba el gran libro de la Naturaleza. A él he acudido, Ilustrísimo Señor, sacando de esta purísima fuente enseñanzas que ningún maestro hubiera podido darme: siempre sumiso al mandato episcopal, no he abandonado el estudio, para merecer volver a la gracia de mi Prelado....

—Linda manera de merecerlo, hermano! Ahora no trato de su ignorancia, que me es notoria y conocida, y que justifica la suspensión que le impuse. Trato de que usted ha cometido un hurto, de que un robo, aunque frustrado, es un feo y repugnante pecado, delito inconfesable en un seglar e imperdonable en quien, como usted viste esos hábitos.... No creí que en mi clero hubiera sujeto tan....

—Perdone Vuestra Señoría Ilustrísima, perdone! — se atrevió a interrumpirle el clérigo—Ya le he dicho a Vuestra Señoría que no he robado la gallina. Estudiaba, Ilmo. Señor, estudiaba. Pensando en los divinos misterios, he querido darme cuenta de la desesperación y del dolor que sentirían los Apóstoles y la Santa Madre de Dios y Señora Nuestra, al ver encumbrarse al cielo al Divino Redentor en el día de su gloriosa ascensión a la diestra de su Padre Omnipotente. Y, para ello, estudiando en el gran libro de la Naturaleza, único que me quedaba en mi pobreza, he hecho, por medio de un anzuelo improvisado, ascender a la gallina del corral a la azotea.... ¡Oh admirable lección, Ilustrísimo Señor! ¡Era de ver la desesperación de los polluelos que, sin alas, querían seguir a su madre! Así querrian los Apóstoles, con iguales y tan fervorosos anhelos seguir a su Santísimo Maestro. Igual desolación sentirían, al quedarse solos y abandonados de su Pastor en este valle de lágrimas, como quedaban los tiernos pollitos, piando, en el corral, mientras la gallina ascendía a la azotea....

No pudo, con toda su seriedad, contener la risa el grave Prelado. Si el clérigo era ignorante y tenía sus ribetes de picaro, había que confesar que era ingenioso.

C. de Gangotena y Jijón

Quito, 1927



ESTIO

La noche, inmensa y palpitante, oprime
 su ardiente corazón contra nosotros...
 Es tan hondo el latir de las estrellas
 que nuestro amor se ha vuelto luminoso...
 El alma toda entera está suspensa
 de los labios de Dios... Se siente, en torno,
 estremecerse la Creación... Escucha...
 El silencio magnífico es de oro,
 pleno como una música sagrada...

Que no rompa tu voz el armonioso
 concierto en que se funden nuestras almas;
 calla... no digas nada... estamos solos
 en la paz infinita de la hora...
 Solos en medio del divino coro...
 Abramos nuestras almas al Misterio
 que se quiere explicar para nosotros...

La voz humana — ¡hasta tu voz! — es tosca
 para expresar nuestro coloquio,
 dadme tu mano y deja que mi frente
 busque en tu pecho varonil, reposo;
 nunca senti más cerca de la mía
 anidarse tu alma...! Leo en tus ojos
 la comunión espiritual que ansio;
 calla... el silencio es armonioso
 y pleno, como música sagrada!...

La noche, en nuestro corazón penetra
 como un inmenso corazón beodo...
 Su perfume y sus ansias nos oprimen...
 Y en la sombra se agrandan nuestros ojos...
 No sé si es en la tierra en donde existo,
 o entre los astros moro...
 Mi cuerpo es tan sutil como una nube...


¡Calla... el silencio es una voz de oro!...
 Se dilata mi ser en el Espacio
 como una flor magnífica de loto...
 Calla... no somos dos... ya no existimos...
 ¡Nuestras almas se funden en el Todo!...

Luisa Luisi

Uruguay

Poemas del Recuerdo

LA ESPERA

 E he esperado mucho tiempo. Quizá los mismos años que mi corazón se agita al ritmo de la vida. Pero nunca te he esperado tanto como desde que me dijeron que vendrías y que yo sería tu amigo. Desde ese momento sentí en mi alma la dolorosa sensación de la eternidad, sin término ni plazo; la eternidad que nunca llega, porque nunca pasa.

El minuto que precedió a nuestra presentación tuvo para mí la misma enorme duración que la del día anterior. Nos conocimos personalmente. Espiritualmente ya nos conocíamos. ¿Quién sabe si nuestros espíritus ya se comprendían!

Esa mañana última de espera, mañana de domingo, tenía la exquisita exuberancia de una fruta en sazón. Era fresca, era olorosa, era rubia, encendida como el sol. En cada una de sus gracias me brindaba un recuerdo grato de tu persona. Sí. Te veía como ella fresca de adolescencia, frágil de sencillez, rubia de ensueños, encendida de rubores.

Y cuando llegaba a su fin la espera; cuando te veía avanzar hacia nosotros, parecíamos que de ti tomaba la mañana sus primores. Estabas tan linda como una flor de primavera al despuntar el día.....

EL PASEO

Dulce e infinita abstracción la nuestra en aquellas breves horas que paseábamos por entre las alborotadas multitudes, ajenos a su bullicio, indiferentes a su alegría o a su tristeza.

Llevábamos en nosotros mismos un mundo aparte, tan agitado o sereno a veces, como el externo. Tan poblado como éste de extrañas y fantásticas quimeras..... Tan diáfano o denso, tan radiante u obscuro, tan tibio o frígido como aquél, según la transparencia de nuestros anhelos y la intensidad luminica y calorica del sol de nuestra esperanza.

Y si algo del mundo exterior llegaba hasta nosotros era sólo para acentuar la poesía de esos minutos. Los campanarios,

con voces maduras e infantiles, sostenían cantados diálogos o animadas pláticas de misticismo, que vertían en nuestras almas bálsamo de quietud y mansedumbre.

Para sacarnos de ese arrobamiento, para materializarnos con los deseos de la carne, una vitrina nos detuvo como enroscada serpiente de cristal, con sus incitantes golosinas. Comimos, pero nuestro arrobamiento hizo del pecado de la gula la virtud de la contemplación. Nos mirábamos, absortos en el mudo análisis de nuestros pensamientos. Y adivinaste, sin duda, el mío, porque sonreíste al sorprender mis ojos ansiosamente fijos en tus encendidos labios, más provocativos y tentadores que el dulce que mordías.....

ESA NOCHE

Fue la fiesta de tu nombre. La cordial expansión de tus amigos. El anillo que remachaba con íntima y fraternal confianza los eslabones de nuestra amistad.

Chiquillas y muchachos en el cenáculo de una alegría romántica y dorada. La llama invisible del licor derretía poco a poco el hielo del convencionalismo. Las almas afines se acercaban, los espíritus hermanos se confundían y en todos cantaba la Vida el honsanna triunfal de su optimismo.

La música criolla, fusión de risas y de llantos, de quejidos y suspiros, de imprecações y de arrullos templaba nuestro alborozo en la frescura de la melancolía o lo enardecía en el júbilo ardoroso. Invitábamos, unas veces a soñar, otras a sacudir la rigidez de nuestras imaginaciones en la turbulenta gimnasia de la danza.

Bailamos... Un temblor como el de un cuerpo que vuelve a la vida sacudió mi ser cuando te apoyaste en mi hombro; y el suave calor de tu aliento, al besar mis mejillas, fue como una onda vital galvanizando mi organismo.

La clásica danza valenciana es la danza del amor ardiente, convulso, violento, rítmico y sonoro. La bailamos también. Y mientras nos mecíamos al compás impulsivo de la jota, tus ojos dominadores, fás-



Un paisaje de los Andes.—Ecuador

cinantes, irresistibles con sus efluvios de voluptuosidad, aniquilaban la pobre voluntad de mi alma, esclavizándola a tu albedrío. Fue el embrajamiento fatal, el hechizo malféfico lanzado por tus pupilas sobre la paz de mi espíritu. Pero entonces te bendije, porque en mi volvía a cantar la alondra del amor....

NOSTALGIA

Estoy bañado de tristeza y de esperanza.... Las horas de mi vida se han convertido en un búcaro de ensueños y de flores, sobre todo de rosas, con sus agudas espiñas. Mas, qué importan éstas si las primeras me regalan con su aroma!

La ilusión es la esencia delicada de la Vida. Y la ilusión nos viene de la placida remembranza del pasado y la quimérica promesa del futuro. Los dos son vanos, los dos nos mienten, pero con piadosos

con nuestra flaqueza de eternos niños. Niños que se asustan con el coco de lo real y se entusiasman y complacen con el hada de la fantasía.

Estoy impregnado de tristeza y de esperanza....

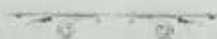
Tu memoria irá tornando las horas de mi existencia en un búcaro de ilusiones, con todos los matices y todos los perfumes.

Serán pálidas, serán áureas y bermejas, serán azur y verdemar. Tendrían el aroma de la violeta, discreto y persistente; el de la rosa, sensual y fugitivo; el de la adormidera, soporífero y sedante.

Y mi nostalgia será la destilación del placer en las melancólicas ondas del recuerdo!....

Ben Omar

Quito, Setiembre de 1927





Esa "espina"
 en la garganta después
 de haberse humedecido los pies,
 ¡ es un Resfriado !
 ¡ No se lo deje agravar !

MAÑANA puede haberse convertido en algo más serio. ¡ Inmediatamente dos tabletas de FENASPIRINA! Repita la dosis cada tres o cuatro horas; esta noche, al acostarse, tome otras dos tabletas con una limonada caliente y abriguese bien, de modo que sude cuanto sea posible.

La FENASPIRINA descongestiona y alivia los centros invadidos por el resfriado, ataca directamente la causa y efectúa una rápida eliminación de las toxinas.

Su enorme poder curativo quedó plenamente comprobado durante la

influenza. Combinada con el limón, fué lo que salvó más vidas.

No trastorna el estómago ni la cabeza, como los productos laxantes a base de quinina.

FENASPIRINA
 Ideal para los resfriados y la Influenza

¡ Tenga siempre en casa un Tubo de veinte tabletas!

La FENASPIRINA se vende también en "Sobrecitos Verdes" de una tableta, pero aunque esta dosis proporciona un alivio relativo, no se debe, naturalmente, esperar que ella baste, sino continuar el tratamiento hasta que los síntomas hayan cesado.



Para la obstrucción de la nariz que acompaña a ciertos resfriados, recomendamos, como excelente auxiliar de la FENASPIRINA, el "Rapé Medicinal Bayer ONAN." Desobstruye, facilita la fluxión y despeja la cabeza.

AGRICULTURA

Apuntes sobre Física del Suelo

NO pudiendo resistir al deseo de concurrir con algo a la vulgarización de temas agrícolas, los que, felizmente, tienen acogida por un respetable número de agricultores y aún cuando mis conocimientos sobre tan dilatado y cada día fecundo campo de investigación son muy elementales, no obstante, me he propuesto disertar, aunque sea someramente, en temas que la práctica y afición me han permitido apuntarlos.

No soy un técnico, ni mi capacidad está para acercarse a la de meritisimos y honrados agrónomos y agricultores nacionales que, justamente, son los únicos que pueden sugerir provechosas y acertadas indicaciones.

Primogénito de la Escuela de Agricultura de la Quinta Normal de Ambato, mis conocimientos y aficiones los debo a ella, y mi propósito no es otro que ordenar algunas nociones sobre Agronomía general, primero, y después, sobre Fitotecnia o cultivos especiales.

SUELO.—Se lo describe diciendo que es la capa superficial penetrable que recubre los continentes y que constituye para los vegetales el *sostén* al cual están firmemente adheridos, el *medio* indispensable para la evolución de su típico sistema radicular y el uberrimo *sitio* de las sustancias nutritivas prontas a intervenir en su torrente transformador.

Estas sustancias de nutrición no siempre se hallan en condiciones de ser fácilmente absorbidos e integrados a sus tejidos por las plantas. Necesitan de procesos y fases más o menos violentos, ya de orden químico, ya de orden biológico o ya también de orden físico, para rotar, por decirlo así, en el rítmico y silente fenómeno de la vida. Pues se hallan en quiescencia o reposo, impregnando y constituyendo las heterogéneas partículas que forman el complejo *Detritu*. Y aquí es cuando se valora la importancia que tiene el capítulo de Agronomía, relativo a LAS LABORES DEL SUELO. Porque, por el invertimiento y pulverización que recibe el suelo, este se esponja y se vuelve per-

meable a los elementos del aire y del agua: energicos agentes de desintegración y oxidación.

El suelo, entre los factores de producción como el calor, la luz y la humedad, tiene papel muy importante por constituir el sitio de las reservas alimenticias útiles y por ser el medio fecundo de incesantes y variadas acciones químicas, biológicas y físicas, las que, ventajosamente, se pueden fomentar y arreglar para volverlo capaz de tal o cual cultivo.

El suelo, como lo dice André en su Química Agrícola, no tiene el papel de sostén inerte solamente: "la planta que crece, porque su semilla ha sido colocada en tal o cual parte, con las condiciones propias, o fijada por diseminación natural, pronto encuentra en este penetrable y aparentemente inerte *detritu*, los elementos necesarios a su constitución".

"Estos son el agua y ciertas materias minerales. Desde hace unos setenta años, todas las investigaciones que se han hecho sobre el tópico de la nutrición vegetal, demuestra, y en forma concluyente, que un conocido número de sustancias, siempre las mismas (carbono, oxígeno, nitrógeno e hidrógeno, que forman la *materia combustible* que desaparece por incineración, y el fósforo, potasio, sodio, calcio, magnesio, silicio, hierro, manganeso, azufre y cloro, que constituyen la *materia fija* o ceniza que procede del suelo), entran a formar en cantidades y compuestos diversos, la delicada estructura vegetal".—Y añade—"de suerte que si se encuentra un suelo o toda una localidad absolutamente desprovistas de plantas, sin vacilación se puede asegurar que faltan en ella una o varias de las materias indispensables a la constitución vegetal. Todo esto suponiendo que la temperatura y humedad ambiente no sean ni demasiado bajas ni demasiado elevadas, para que puedan traducirse como entorpecedores elementos de la actividad vegetal".

SUBSUELO.—El corte vertical del suelo enseña, de primera impresión, que en un espesor que varía con las tierras y carácter geológico de la localidad, el color es



Un rincón de las selvas transtropicales. — O. J. E. Ecuadoriano.

más o menos homogéneo y, casi siempre, de un pardo obscuro. Luego, bruscamente o de un modo poco preciso, esto es con una transición más o menos gradual, aparecen capas de tierra con coloraciones más claras y que, en la mayoría de los casos, corresponden a naturalezas geológicas distintas.

Según Diffloth, el subsuelo comprende dos capas: la primera la que puede ser accesible a los instrumentos de cultivo y la segunda la que es inaccesible a ellos.

La debilidad del color obscuro en las capas que forman el subsuelo es marcada y se atribuye a la menor cantidad de materias orgánicas descompuestas que las impregnan y que en agricultura toman el nombre de *humus*.

También se observa que el subsuelo, por lo general, tiene una disposición que es correlativa a los relieves del suelo.

En el corte vertical del terreno, la capa superior se llama *suelo* (espesores de 30 a

40 centímetros), las subyacentes *subsuelo* (con profundidades de 1 a 1,50 metros) y los materiales que reposan bajo de estas profundidades se les calificará componentes del suelo *inerte*. Los espesores apuntados no tienen el valor de constantes, son meramente apreciativos.

Los alrededores de la ciudad de Ambato, tan notables por la excelencia de sus producciones hortícolas y de frutas, el suelo y subsuelo alcanzan poca profundidad y no es raro el caso que la capa arable repose casi inmediatamente sobre un *compositum mixtum* de materiales de acarreo de todas dimensiones y de ninguna importancia agrícola. Pues el estrato que hace función de subsuelo, es poco profundo.

Estas disposiciones y naturalezas diferentes que tienen las capas inferiores se traducen, asimismo, a condiciones ya de tenaz resistencia y precaria alimentación o ya de fácil acceso y nutrición al buzamiento de las raíces.

Si tienen especial interés los conocimientos acerca de las relaciones del suelo y subsuelo en el cultivo de plantas anuales, en arboricultura frutal y en cultivos forestales alcanzan la más alta significación e importancia.

Hay más, el conocimiento de su constitución física, señala la importancia agrícola de cada uno de los cuatro componentes fundamentales (arena, arcilla, cal y humus) y por lo mismo, de la manera cómo actúan entre sí. Su estudio tiene decisiva importancia en la práctica de producir, porque tanto sus cualidades como sus defectos físicos, repercuten en alto grado, sobre el conjunto de propiedades físicas y químicas que caracterizan al suelo.

Boussingault, sobre el tópico de las mejoras físicas, hace la siguiente observación: "cuando la constitución mineral del subsuelo es la misma que la del suelo, se puede, mediante labores profundas, gradualmente, año por año, aumentar el espesor de la capa arable, asiento de la máxima actividad vegetal, a expensas de dicho subsuelo. Pero se observa que la tierra pierde su fertilidad y no la recobra sino con labores repetidas y pasado un cierto tiempo".

Añadimos nosotros: sobre todo si se ha volteado hondo y de primera ocasión. Porque por el invertimiento y pulverización habidos con las labores de arado, gran cantidad de *tierra nueva* pasa a mezclarse y ocupar la superficie del suelo, en tanto que ha descendido la tierra de labor con su materia húmifera.

Se puede considerar a la tierra levantada abajo de treinta centímetros, como un medio *crudo*, no aireado y relativamente pasivo a la vida de los vegetales superiores.

Así es como se observan verdaderos fracasos en la producción, cuando sin método y la circunspección suficientes, el agricultor sigue el camino de los ponderados beneficios de las labores profundas. Estas deberán efectuarse periódicamente y acompañadas de fuertes cantidades de estiércol por ser, este, el medio propicio a la evolución de los microorganismos que tan decisiva influencia tienen en la transformación de las materias orgánicas y aún de las minerales.

Repetimos, la tierra necesita ser abrazaada por el hábito de oxidación y destruc-

ción que determinan la sucesión de estados atmosféricos, para que no se vuelva un medio precario o neutro a la vida vegetal.

Es práctica recomendable y muy eficaz, favorecer el acceso del aire y del agua por medio de labores energéticas y repetidas que tanto concurren a despertar la fertilidad de la tierra. (Fenómeno de meteorización).

También se cita el siguiente caso de posible enmienda: cuando la constitución del suelo y la del subsuelo no son las mismas, lo que ocurre cuando el primero está formado por materiales de aluvión (suelos heteróctonos o de transporte), se puede mejorar este suelo siempre que la naturaleza o modo de ser de la capa subyacente lo permita, por adiciones anuales con cierta cantidad del mismo.

Estos medios de corregir o enmendar las condiciones físicas de los suelos, se comprende que no se los podrá efectuar sino en muy contados casos. Así por ejemplo, según Boussingault: una tierra de arcilla es poco permeable, discontinua (que se agrieta por desecación) y tenaz o resistente a los instrumentos de cultivo, pero si descansa sobre un subsuelo arenoso y se le incorpora, mediante labores profundas, una dosis de arena a la capa superior de arcilla, ésta adquiere pronto, un cierto grado de permeabilidad, así como las labores se vuelven también más fáciles, por cuanto ofrece menos resistencia. Además, las raíces de las plantas sufren menos en los periodos de calores y frios, por cuanto no se *agrupa* el suelo.

También lo inverso de lo anteriormente expuesto puede ofrecer ventaja a la agricultura. En efecto, un suelo arenoso y filtrante descansará ventajosamente sobre un manto arcilloso de toba o cangahua.

Jorge Castillo V.

Quito, 1927

N. de la K.— Complacidos iniciamos, en nuestra Revista, la publicación de trabajos importantes sobre Agronomía que nos ofrece galantemente el estudioso joven agrónomo ambateño, señor Jorge Castillo V.— A los propietarios de tierras y a los que se interesan por esta clase de estudios, que los juzgamos de gran interés, recomendamos, de manera especial, estas páginas que son fruto de estudios y prácticas pacientes.

UN PUÑADO DE CARTAS

(Introducción a las "Cartas de Montalvo publicadas por el I. Concejo Municipal de Cuenca")

EL Presidente del Concejo Municipal de Cuenca, me escribió en días pasados invitándome a que pusiera prólogo en la edición que hará de una serie de cartas inéditas dirigidas al distinguido liberal azuayo, señor Federico Malo, por el ilustre don Juan Montalvo, orgullo y honra del solar nativo, del Ecuador, y de todo un Continente en suma.

Creí, pues se me pedía tal prólogo, que no debía negarme en cosa tan inesperada y honrosa para mí. Acepté, mas no sin expresar que el desempeño en esta ocasión no correspondería al plausible propósito de la Corporación Municipal; pero que se contara desde luego con el sincero deseo de complacerla y con el homenaje de la admiración que había tributado yo siempre al célebre e inimitable escritor ambateño.

A obras de Montalvo han puesto prólogos Valera, Zaldumbide, Blanco Fombona. Hay el magnífico y conocido ensayo de Rodó; lo escrito por tantos otros que forman legión; y, en especial, por el más fiel, entusiasta y cariñoso de sus discípulos, don Roberto Andrade. Y aunque ellos han escrito para volúmenes de fama, y para hechos que abarcan toda la vida de ese guía y mentor de genio e infortunio casi iguales; sin embargo, en lo poco que yo haga estaré muy distante de esos que digo, y de lo mucho y muy valioso que viene a ser, y representar, cualquier pequeñez, que hasta para el olvido acaso, hubiere dicho, escrito o hecho ese don Juan que llenó aquí, y fuera de aquí, la segunda mitad del siglo pasado, o algún otro de tanta semejanza o parecida.

Tenemos en él a uno de los grandes de primera clase, no sólo de América, pero de España también; a uno que puede presentarse cubierto, allí donde asistan "Cervantes, Quevedo, Hurtado de Mendoza, Luis de Granada, que tales son sus pares en letras".

Y a este grande, no ha nombrársele, y

estimársele y admirársele únicamente como a prócer de las letras, como a maestro insuperable en ellas, maestro cuya prosa resuena inmensamente en ritmos y clamores y cadencias nunca oídos ni escuchados antes por los ámbitos todos de los pueblos del habla de Castilla, al igual de una sinfonía *beethoniana* en la infinita variedad de sus notas que van desde el acento y la gracia *pastoriles*, hasta el desbordamiento heroico de luchas y combates invisibles. Y el hombre y el maestro a quien nadie escatima hoy su parte de aplausos y alabanzas fue, como quien dice ayer, un proscrito en el seno inhospitalario de su patria, llena y colmada entonces de rencores y desdenes para el solitario de El Cosmopolita y el desterrado de Ipiales.

En este grande hubo, además, el luchador, el recio y agrio batallador; el hombre del reto, de la acción infatigable con toda clase de armas, pues, al acometer o defenderse, las manejaba con garbo siempre igual, con desenfado de paladín o caballero de la libertad, de temple estoico y voluntad heroica; hubo el lidiador de pluma, nunca vencido ni jamás domado, que llegó a los propios umbrales de la muerte con aureola de triunfo, aureola que en esa sombra de sombras irradia cada vez más sobre la oscura tristeza y la general medianía de los tiempos que pasando van. Su nombre, su fama, su espíritu crecen; crecen y se engrandecen y se agigantan.

Midió el poder de su pluma con más de un gigante; y muerto, se alza de día en día imponente, tranquilo, dominador, sobre el olvido y el silencio que suelen ser centinelas inexorables de la tumba que se abre para el sueño y la paz del puñado de polvo animado brevemente con aliento de vida transitoria.

En Montalvo lo que vence, lo que vencerá siempre del tiempo y del espacio es lo perenne en él de la conciencia y la voluntad; el triunfo perecne del hombre — del humano — sobre los egosismos estériles

del individuo y de la tosca realidad ambiente. Por eso, según el verso de Dante, es águila que vuela por encima de muchos otros:

Che sovra gli altri como aquila vola.

Y me llega el tesoro familiar del señor Malo. El puñado de las cartas de Montalvo, con tiempo estrecho, estrechísimo para escribir y devolverlas. Pequeño, bien pequeño número, considerado el de las que andarán sin duda esparcidas por América y Europa. Deberíamos tener publicado ya, nada menos que su Epistolario. Así, y sólo así, alcanzaríamos quizá a conocer íntegramente: "la gran lección de ese apóstol, la gran moral de ese ejemplo, la gran verdad de esa vida".

Estas cartas, íntimas todas, meras hojitas de papel sobre poquita cosa, unas; reveladoras otras de que Montalvo "fue en todo la cordura, la medida mismas" y de que nunca se alejó "de creer que en el término medio reside, si no siempre la virtud la solución deseable por más conforme con el llano buen sentido". Ahí están sus preferencias por Cordero y Flores, antes que por Salazar y Ponce, pues liberales que por Salazar y Ponce, pues liberales que exaltados o conservadores extremados no parecían bien para el gobierno de entonces; ahí sus frases persuasivas en favor de don Manuel Larrea y luego su decisión por hombre tan ponderado y recto como el señor Ballén; ahí por último, y en no pocas de ellas, se nos muestra también el ímpetu incontenible, la frase mordaz, el vocablo rápido y punzador; mas, todo ello, como recuerdo o vestigio de algo que salta de pronto de las entrañas mismas del pasado y se dispara formidable, aunque ya no para herir, ni para buscar el blanco, sino impensadamente quizá, quizá por necesidad de ejercitar el brazo y tender el arco y soltar la flecha. Esta llega a conocerse y a sentirse tal vez, después de cuarenta años, muerto el flechero y desaparecido el blanco. Ni hierre ni lastima, cae en el vacío, o sacude el aire que se agita levemente y calla.

Cabe aquí la insinuación que el mismo Montalvo daba al joven Malo respecto de la Mercurial en una de sus primeras cartas: "si es usted ultramontano endiablado y amigo además del padre Ordóñez, no le ha de gustar el libro. Bien que aun precindiendo de la parte histórica y personal, todavía quedaría la literaria, la cual pudiera interesar a usted, según creo que es joven de provecho".

Lo personal e histórico lo miramos hoy de otra manera. Vemos desde un lejano

punto de vista. El horizonte, la perspectiva son muy otros; y así, las generaciones que van llegando miran con sorpresa y hasta con burla en ocasiones, las locuras, las extravagancias, las doctrinas, los prejuicios de sus antepasados, y revisan y escriben de nuevo, en otras tablas de piedra, rompiendo las primeras, como rotas quedaron a los pies de Moisés, aun aquellas de la ley escritas por el mismo Dios.

Ciertas violencias de expresión y pensamiento que se leen en algunas de esas cartas, no hay duda, sino que estallan como repetición a menudo de lo conocido y publicado en años anteriores, y esto dentro de una serenidad y compostura que se manifiestan y transparentan en todas ellas; y, principalmente, en lo relativo a la elección presidencial: "Querer hoy, un liberal declarado, es delirio; porque la fuerza y el escándalo lo frustrarían", escribe en 1887. Para confirmar esto, basta considerar que de la política activa de entonces, de tan sangrienta guerra civil, ni apreciación ni comentario alguno existen. Tal vez los halla en otras, pero no deja de extrañar que a persona como el joven Malo, de tanta confianza e intimidad y trato diario, nada dijera.

Y este joven a quien las cartas van dirigidas tuvo, pues, la buena suerte, suerte que podíamos llamar envidiable, de intimar con el maestro incomparable y polemista irreducible en cosas del espíritu, en un ambiente de paz y de cultura, pasado el ardor de la refriega, con la bondad pronta y libre, y un reposo, en que la soledad y la pobreza ponían mucho de solemne y consagrado. ¡Oh poca miel, mucho acibar con hiel! repetiría de cierto con el verso de Petrarca:

O poca miel, molto aloe con fele.

Prefirió vivir resplandeciente de libertad fuera y lejos del suelo en que nació, a seguir habitando en él por algún rincón ignorado, mal tratado, desdeñado, calumniado, en la agonía sedienta de una mediana libertad siquiera, cubierto con el sudario de tinieblas y aborrecimientos nacidos y alimentados en aquel tiempo por más de un prejuicio, una ciega intransigencia y tal cual perverso fanatismo. Prefirió vivir en un mundo arcano de recuerdos, pensamientos y meditaciones en que el diálogo y el soliloquio, íntimos ya, tenían que ser los únicos e inseparables compañeros de esa gran vida, vida intensa, ejemplar, y colmada hasta el borde de negras y crueles amarguras.

Puede conocerle a su vuelta de Ipiates. Le vi entrar en la capital con escogido y

corto acompañamiento de amigos; sobre un caballo negro de buena estampa, con sombrero alto y blando de paño, cual solía llevarlo en sus frecuentes paseos hacia las afueras de la ciudad y botas de charol con espolines de plata. La figura, la misma que nos es tan familiar. Y comenzó entonces el ir y venir de una chismografía malévola. Un desagradecido de más de marca, altanero y soberbio que todo lo veía para abajo; un sujeto de pretensiones y exigencias inauditas. Se hablaba y ponderaba de ciertos regalos devueltos desdenosamente: de su herejía; de su pluma; de su furor y sus ataques contra la Iglesia; contra García Moreno y los suyos, de modo y forma todo ello, que al rededor de su nombre y su persona había una leyenda que crecía siempre con recelos y temores, una leyenda de vivas y despiertas odiosidades que tendía a dejarlo en uno como aislamiento premeditado.

No se hablaba sino de Montalvo, no se pensaba sino en Montalvo. Se le temía, se le veía con desconfianza, se le señalaba al paso y era como un cuerpo extraño y molesto caído en aquella sociedad movida y sacudida entonces hasta el fondo, y des-acostumbrada de muchos años atrás, a esa inquietud, a ese temor, a ese sobresalto provenientes de hechos en realidad extraordinarios y de augurios y vaticinios negros y funestos para el día de mañana, de los que suelen correr y no sólo correr, sino volar de boca en boca en tiempos de zozobra y agitación como eran aquellos en que la tragedia de Agosto, las prisiones políticas, los Consejos de guerra, los fusilamientos, la caída del Ministerio, y luego la agitación electoral, el nuevo Gobierno, la solicitud cada vez más premiosa de la reforma constitucional, no daban ocasión a momento alguno de reposo, ni a que el sosiego y la tranquilidad pudieran volver a los ánimos sacudidos tan honda y rápidamente en pocos meses de terror primero, de recelos después, y de una incertidumbre al cabo larga y desgraciadamente prolongada.

Dicen que a Dante se le señalaba con pánico y admiración como a uno vuelto de los círculos del dolor eterno, y si a Montalvo no se le temía por viajero tan extraño y desusado, se le consideraba, cuando menos, como a un aparecido de mal presagio y de mala y dura entraña para con la Iglesia y la preponderancia del partido que entonces dominaba.

Volviendo a las cartas, nos dicen estas que esa amistad de escaso trato, con su retraimiento y recelos de parte del joven

Malo, y que fueron causa de extrañeza en Montalvo, llegó poco a poco a un acercamiento de intimidad, a una sinceridad de afectos, a una simpatía, y una confianza tan segura y mutua, tan fervorosa y familiar, que podemos ver y palpar casi, cuanto de apacible y blando, de caballeresco y desinteresado había en ese corazón tan bien templado y varonil para los arduos empeños de la lucha.

De varias de las cartas puede estimarse que son de escasisimo valor o que no lo tienen. ¿Han de guardarse, olvidarse o romperse por ello? No lo creo así, pues todas, todas ellas, están mostrándonos un pasado, y en la revelación de ese pasado vienen y van dolores y tristezas, cariños y propensiones, escaseces y labor diaria, labor y afán y cuidado, afán y cuidado de consuelo y redención y de lograr también el pan de cada día por nutrir el cuerpo y fortalecer el corazón y con el corazón el espíritu; y cruzan y se mueven sombras, sombras ahora de realidades que fueron y existieron como nosotros. No, no deben ir al olvido. Palpita en cada una de esas hojas, chicas o grandes, el pensamiento, la voluntad, el alma y la memoria de un hombre no común, de un hombre extraordinariamente singular; de un hombre heroico hasta en las resignaciones del silencio que por ahí se adivinan. Son palabras para decirlo de una vez, del hombre cuya pluma no fue jamás campana vocinglera de lucto y de comercio. Las escribió Montalvo, fueron en su tiempo luz y fuego desprendidos de una vida recogida sobre sí misma, y esa luz y ese fuego no han de apagarse; no ha de soplar en ellos por apagarlos; deben, por el contrario, seguir mostrándonos el Yo de donde la palabra, en forma escrita, fue a posarse, para vivir eternamente, en la blanca inocencia del papel. Pocas, pocas cartas para hablarnos de esa faz íntima de Montalvo, aunque esa faz no nos diga mucho para el libro inagotable de la historia.

"Si de alguien espero yo algo, es siempre de los jóvenes: el corazón sano todavía, la sangre ardiente, la inteligencia sedienta de luz son capaces de comprender y apreciar los vuelos de amor, del patriotismo y el hombre de progreso". Tal escribe en su primera carta al joven Malo. Vienen luego los tropiezos, las dificultades, los sinsabores, los desengaños que le salen al paso en ese noble empeño de la publicación de "El Expectador". "No quiero que se empeñe otra vez en la imprenta". "Lo que más me affige en este instante es el saber que usted está como yo; pero al fin



Pórtico de la Alameda.—Quito

usted tiene padre que no le dejará perecer". Afición de espíritu para sí, todo para sí, esperanza alentadora para el amigo de trato diario o casi diario a quien comienza por llamar: "Muy señor mío", "Mi estimado compatriota" y luego en abandono de ternura y simpatía "Mi querido, Muy querido amigo" hasta la última que le escribió en Agosto de 1888, en visperas, puede decirse, de su muerte.

Hay hojitas de esas para una cita al amigo, que traen a la memoria pasajes de sus obras. ¿Le invita para un buen café? Se acuerda uno que tras cierta invectiva contra el chocolate, añade: "Café, cosa profana: algo hay de revolucionario en este breva de la civilización moderna: café toma el progresista, café el radical, café el librepensador; en sus negras en-

trañas viene disimuladamente la filosofía del siglo decimoctavo; su sedimento es la Enciclopedia repastada con el *darwinismo*". Ofrece para el almuerzo un melón, por ahí tenemos "tasajos enormes de melón encendido, que no oponen la menor resistencia a la hoja de plata que los dividen en trozos proporcionados a la boca. Mirad si os deleita esa acuosidad suavísima, dulcísima que os inunda los órganos del gusto". Cuán envidiable en Montalvo ese como celeste don de la divina afluencia de las palabras. Bien dijo Rodó de él que "reencarnaba en palabras pintorescas las cosas materiales".

Cuida de su decoro en todo. Parece que con natural sonrojo hace por evitar que se sepa y se comente el *petit accident* de su caída. "En todo caso, anota, más digno

es no caerse, aunque sea del ferrocarril". Y cómo pide con indignación que se desmienta aquella otra caída que se decía, caída que hubiera sido verdaderamente grave, caída de la opinión, del concepto en que se le tenía; y esto, por un consulado, el consulado de Burdeos. De *miserable intriga* la califica en la ya citada carta con que termina la serie de las que escribió a Malo. Cuánto hay en ella de melancólico y conmovedor. Felicita al amigo que entra en la vida por la puerta del matrimonio, cuando él salía ya por causa de una muy seria y larga enfermedad que le puso a dos dedos de la sepultura. La enfermedad, después de seis meses de sufrimientos, le puso en el caso de valerse de una mano amiga para contestar al joven desposado; y cuatro meses más tarde, le hacía llegar a esa misma sepultura que dijo, con el ademán de tan noble y majestuosa resignación que todos admiramos.

La carta fue escrita en francés, y la firma con que la suscribe, muy otra, muy diversa de aquella que llenaba con gentil desembarazo casi todo un renglón del papel en que escribía. Se advierte en ella el temblor producido con tan largo padecer; ya no se extiende y se dilata, antes se estrecha y se recoge como en una contracción del dolor que hierre y mata al cabo al esforzado y excelso caballero.

Pudo exclamar con el titán de la fábula en la tragedia de Esquilo: ¡Oh tierra, sagrada madre mía! ¡Oh éter en que resplandece la luz común a todos los mortales, mirando estáis cuán injustamente padezco!

Dejó de existir. Murió años hace, y en Guayaquil duerme todavía; en Guayaquil que al igual de la dulce y bella Antígona dijo entonces a los que se oponían y prohibían: yo misma le abriré fosa, yo misma le sepultaré, yo sola correré el riesgo de esta rebeldía. No más palabras.

Pero cuán poco llega a morir del hombre grande y bueno. Sigue viviendo y viviendo para siempre, no sólo en el recuerdo, pero en la vida misma de la que fue su patria terrenal. Vive en todo cuanto dilata la memoria de los hombres en la tierra; vive en la palabra, en el pensamiento y el ejemplo, a las veces maravilloso, de sus propios actos. La estatua,

el monumento, el periódico, el libro y el homenaje y la admiración que alcanzan, son otras tantas fuentes perennes de vida y de inmortalidad para los que fueron desconocidos o mal comprendidos, hostilizados y hasta negados por el desdén, el prejuicio, la suspicacia y la intriga hecha odio, por el interés y la pasión orgullosamente triunfadores. Entre nosotros ¿quién más vivo que Montalvo? ¿Cuál de nuestros hombres, de nuestros inmortales podrá sobrepasarle o igualarse con él en el influjo constante, en la inspiración siempre pronta y encendida sobre generaciones y generaciones que le mirarán, y con razón, como un perpetuo sembrador de ideas y sembrador también de plantas de juventud, nuevas y vigorosas, en el fértil y vasto campo de la grandeza nacional?

Montalvo pasó, pero su obra continúa intacta, más que intacta, creciendo y desarrollándose. Gozamos de su luz, por el contacto mágico de su propio espíritu, aun en las sombras de la noche de su muerte. Esa obra, como un árbol plantado de su mano, florece todavía; penetraron hondamente las raíces, las ramas se extienden en verde y vistosa pompa, dando abrigo y protección cada vez más amplios y seguros, y cabe decir, e. que desaparecido el peligro de los odios tempestuosos y acariciado sólo al fin de brisas, si no de amor, de simpatía y admiración, llega el árbol a tocar ya con su copa majestuosa y sublime el puro azul del alto firmamento.

No hay mano ni voz que puedan añadir justicia o alabanza alguna a tan merecido renombre. Ni mármoles ni bronce aumentarán o asegurarán la gloria de Montalvo. Subsistirá, se engrandecerá y no se extinguirá mientras haya tierra ecuatoriana, tierra que le modeló para la inmortalidad, tierra que jamás perecerá. Los cielos resplandecen sobre ella, y resplandecen con el fulgor eterno de brillantes soles inmortales, entre ellos Juan Montalvo. Que la lumbré de esos soles nos ilumine siempre y nos inspire siempre con la esperanza de mejores días en el deber de todos para todos.

Alfredo Baquerizo Moreno

Guayaquil, 4 de Abril de 1927



BIBLIOGRAFIA

LIBROS

Para ediciones próximas ofrecemos notas y comentarios sobre los cuatro libros que anotamos al principio, cuyo envío agradecemos a sus autores.

LA BIOLOGIA CONTRA LA DEMOCRACIA, por Roberto Agramonte y Pichardo.—Cuba.

ENSAYOS, por Max Jiménez.—Costa Rica.

UN PEDAGOGO TERRIBLE, de Sergio Núñez.—Ecuador.

LIBROS ROMANTICOS, de Telmo N. Vaca.—Ecuador.

LOS CAZADORES DEL FAR-WEST, por Emilio Salgari y Luigi Motta.

De Biblia de la novela de aventuras americanas puede calificarse este libro que acaba de poner a la venta la Casa Editorial Maucci, que lleva dados a la estampa más de veinte volúmenes de cada uno de los nombrados autores.

Un argumento sencillo sirve a los inspirados novelistas, para presentar al lector una copiosa variedad de emocionantes aventuras de mar y tierra, que mantienen el interés del lector hasta que termina el libro, sin cansarle los episodios que pueden considerarse como compendio y *misma revista* de cuanto exigen los cañones aventureros, desde que Julio Verne y Mayne Reid fijaron los jalones del género.

Navigaciones accidentadas que hacen pasar al lector por todas las emociones de la vida marinera, lo mismo cuando reina la calma, que cuando los elementos trastornados se oponen a dominio del hombre que los combate con el poder soberano de su inteligencia, o cuando las luchas humanas se representan en aquel solemne escenario de la naturaleza. Penalidades de la existencia en las regiones aún no civilizadas. Usos y costumbres de los habitantes de las mismas, así de los ariscos pieles rojas, como de los romancescos aventureros blancos que allí buscan el oro y la libertad de acción, fuera de las convenciones y frenos sociales de la civilización, extremando la eficacia de sus fuerzas físicas y sentidos para conservar sus vidas y amenazar las de otros seres humanos o irracionales que les disputan la soberanía de aquellos poco conocidos parajes. Todo esto relatado con amenidad sirve para que durante unas horas el lector viva una vida espiritual que tiene su ánimo suspenso y compenetrado con el de los personajes imaginarios que representan el drama de esta obra.

La traducción de don Gonzalo Calvo, es cuidadosa y ha sabido conservar religiosamente el texto sin

perder la brillantez de estilo y animación del diálogo, de que son maestros los bien conocidos autores italianos.

Una artística y típica cubierta en colores y 15 láminas fuera de texto, vigorosamente dibujadas, y que expresivamente interpretan momentos interesantes de la narración, aumentan el valor del volumen.

EL SUMERGIBLE LLAMEANTE, por Luigi Motta.

La hipótesis de una guerra en el primer tercio del siglo XXIV entre estados imaginarios de América y otros de Europa, da ocasión al inspirado autor de libros de aventuras, para desatar su magoatable fantasía, presentando al lector como cosa hecha, interesantes resoluciones de problemas científicos y militares, que embargan hoy la mente de los sabios y a los que el escritor italiano da solución en *sondas plumadas*. La televisión aplicada a los combates y movimientos de los adversarios que pelean; la defensa de buques por medio de silurios que rechazan los proyectiles que intentan ofenderles, proyectiles, a su vez novísimos, y, aún, desconocidos de nosotros, dañando por medios que salen del vulgar y conocido choque; nuevos mecanismos aplicados a la industria guerrera; un ingenio que lo mismo navega por las profundidades de los mares, que se cietne volando sobre aguas y tierras, llevando la destrucción por doquier, todo esto y otras sorpresas entretienen al lector, que no queda satisfecho hasta ver el final del drama tan bien presentado.

Las organizaciones de espionaje y contraespionaje y la participación en sus intrigas, de dos mujeres animadas por el amor, que en esta novela a diferencia de otras del mismo autor, juega importantísimo papel, dan vigor al argumento y ponen en el libro una nota delicada y sentimental que atenua en gran parte la dureza de los episodios marciales, que ponen en tensión los nervios del lector.

Dan gran animación al texto, grabados con que el artista Gastón Pujol ha ilustrado el volumen, tan elegante y bien presentado como todos los que la Casa Editorial Maucci ha dado a luz, constituyendo la colección de obras de los famosos autores Emilio Salgari y Luigi Motta.

PANDERETAS SEVILLANAS (poesías), por Francisco Villaespesa.

Panderetas sevillanas, es un himno andaluz que el poeta entona a la reina de Andalucía, "la ciudad de oro", con sus guitarras, su "Torre", su Giraldá, su San Telmo, su Triana, su Semana Santa, sus saetas, sus Cristos, sus peteneras, sus toreros, su sol

de fuego como los ojos de sus mujeres... Todo canta, vibra, se hace aroma y sentimiento en las hermosas poesías de este libro.

Otros temas abraza el creador nombre del poeta: en la sección Medallones, da nueva vida imperecedera al pintor Valdés Leal, al poeta Baequer, al escultor Susillo... y en los Sonetos de la Infancia evoca sus años de pureza e inocencia, en las figuras encantadoras de la abuelita, de la madre, de las niñas pequeñas de las ferias con sus polichinelas y sus fuegos de artificio....

Completa el volumen los Sonetos de la Adolescencia, las Elegías Suaves, la Mandolinata Romántica, y Los Cafés de Madrid, que son como broche de oro de tan selecta colección editada por la casa Maucci de Barcelona.

NUEVOS CANTARES, por Narciso Díaz de Escovar.

Un nuevo libro del infatigable escritor y popular poeta malagueño, Díaz de Escovar, es siempre un acontecimiento. En este volumen, van recopilados sus mejores cantares, y está editado por la Casa Maucci de Barcelona, con toda pulcritud.

Lleva al frente un prólogo de Benavente y una nota muy adecuada de Salvador Rueda, a más de muchas opiniones en verso y prosa de notables personalidades, y un epílogo de José Brissa, que ha sido el "padrino" del libro.

La cubierta de esta bella obra, es del gran pintor cordobés, Romero de Torres.

EL VENENO DEL TANGO.—Novela escénica dividida en cuatro actos, original de Valentín de Pedro.

Dice en el prólogo de esta bella obra el excimo cronista Arturo Mori:

"Ha pasado la racha, pero quedó la semilla del tango, y lo que ya decayó en París, sigue de moda en España, si no por otra cosa, por la letra, tarareada a todas horas, de los tangos más conocidos. Por eso Valentín de Pedro, sin pretensiones de abordar la actualidad, ha recogido la emoción de los cantares argentinos para escribir un drama de todos los tiempos, dignificando el motivo de algún tango olvidado, y sacando chipuzos sentimentales de los conceptos menos profundos.

"Como Valentín de Pedro ha vivido casi toda su vida en España, aunque sea argentino, su obra criolla está tocada de nuestra poesía, de nuestra gracia en ver las escenas de conjunto, de nuestra misma comicidad. Pero uno de los aspectos que más han complacido de "El veneno del tango", es el noble desenfado con que el joven escritor trata a su noble tierra, ensalzándola como nación triunfante y sus vicios y rutinas, por el procedimiento, siempre generoso, mas no perdonando ocasión de fustigar moderno, de la sátira enjuantada.

"Puede decirse que hemos soñado con el asunto de un tango y que, de tal manera se ha desenvuelto y tanto y tan profundamente ha llegado a nos-

otros, que se ha convertido en un poema. Y éste es el mérito de Valentín de Pedro: el de haber dado color y transcendencia a una canción popular".

Estas líneas que hemos copiado del cronista de teatros, escritas cuando se estrenó la obra en España, y con cuyo juicio estamos conformes, pueden dar idea al lector de la índole de la novela escénica, que si ha de ser muchísimas veces representada, ha de ser también muy leída y admirada.

REVISTAS

ESPIRALES.—Nros. 5 y 6.—Julio de 1927.—Es la revista que ha de interesar siempre a todos los lectores, por la variedad de sus páginas, la modernidad de su presentación, la elegancia de sus versos y la cultura de que está investida, para ganarse aprecio de inmediato. Sin cansancio, se penetra en la amena lectura de "Espirales" con grata sorpresa y deleite espiritual. De las informaciones de sociedad, dadas con gracia reveladora, pasamos al sugestivo asunto de un cuento o a un poema breve y galante. Su Director, don Pedro Gámez, ha logrado formar la revista que necesitaba Quito. Agradecemos la visita de "Espirales" cuya amistad estimamos.

IMBABURA.—Revista Bimensual.—Administrador: L. E. López Alvarez. —Otavalo, Agosto de 1927.—Nº 1.

Inicia sus labores la revista "Imbabura" con una hermosa página dedicada a celebrar la fecha aniversario del diez de agosto; pero no hay la patriótica expresión que ya se ha hecho mecánica en fuerza de repetida. "Imbabura" habla del indio enciclopedista don Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo que fue el corazón mismo de esa "tormenta salvadora". ¿Quién conoce ampliamente la figura de Espejo? ¿No es literatura autóctona y de muchos quilates, la que se consagra al estudio de este ingenio criollo? "Imbabura" publica trabajos, en prosa y verso, de Fernando Chávez, Aurelio Ubidia, Gabriel Garcés, Francisco Montayo y otros. Observador sutil de las almas de mujeres se muestra Florestán de Montiel en las líneas que escribió para este número de "Imbabura", revista a la que deseamos larga vida.

EDUCACION.—Director: Emilio Uscátegui.—Nº 11.—Abril de 1927.

Cumple un año de existencia la revista órgano de la Dirección de Estudios de Pichincha que se ha consagrado, justamente, como la lectura que debe ser consultada por los preceptores, ya que reúne interesantes trabajos acerca de las nuevas corrientes educacionales, normas para los profesores, direcciones para aquellos que tienen la delicada misión de la enseñanza primaria.

Montalvo y Gabriela Mistral

Société des Nations, - Institut International de Cooperation Intellectuelle. - 28 de agosto de 1927.

Distinguido colega Don Augusto Arias:

Le acuso recibo con mucha tardanza del tan cordial envío de su libro, porque he tenido tanto recargo de lectura que no he podido leerlo sino hoy.

Sin conocer su noble ciudad, he procurado hacerla en mí con su ayuda y su cariñosa guía.

Siento hacia ella, como cualquier hispano-americano, la deuda de nuestro Montalvo común y venerado.

Estamos trabajando en este Instituto, en la generosa compañía de Zaldumbide, ese cabal caballero de letras, en una edición de traducciones de Montalvo. Si se llega a la práctica la obra, llevará como prólogo el estudio de nuestro amigo.

El Ecuador empieza a ser una cosa más real para mí que hasta hace poco a nadie conocía allí. Su libro, breve, claro y cordialísimo, me da un nuevo amigo.

Deseo volver a tener noticias suyas, y me permito pedirle un favor: un buen retrato de Montalvo. No lo tengo y lo deseo para mi cuarto de trabajo.

Le felicito por su obra utilísima y le saludo con mucha simpatía.

Gabriela Mistral

Paris (17), 2, Rue de Montpensier (Palais Royal)



**UN NUEVO
PRODUCTO
BAYER**

OXAN



PARA la coriza, los "catarros de la cabeza" y la obstrucción de la nariz que acompaña a los resfriados.

Es un polvo blanco, muy fino, hecho a base de aspirina, que se absorbe lo mismo que el rapé.

Su efecto es inmediato y agradabilísimo. Desobstruye la nariz y permite respirar libremente, a la vez que facilita la fluxión y despeja la cabeza.





Por \$ 10 Una Casa

COMPañÍA AMBAS AMÉRICAS S. A.

CAPITAL \$ 1'000.000

Gran SORTEO de Premios

¿Ha soñado Ud. alguna vez
en ser rico?....

Puede cristalizar su bello sue-
ño sin más que invertir
la pequeña suma

de \$ 10

en la compra de un boleto del
GRAN SORTEO,
organizado en la Compañía
"Ambas Américas"

por el Sr.
Nelson Aníbal Núñez

La Fortuna lo espera. Acuda a
nuestras oficinas:

Venezuela 81.--Tel. 3-4-3

\$ 100.000 en PREMIOS para Ud.

Por \$ 10 Una Quinta

BOTÁNICA



Stale. bn. Ph. bn.



de salir a luz el **Primer Tomo** de esta obra del Profesor Normalista

Abelardo Flores;

cto pedagógico arreglado de acuerdo con los principios de la **Moderna Escuela del Trabajo**, destinado al Preceptorato, Colegios de Segunda Enseñanza, Normales, Liceos, etc.

Esta obra y la de **ZOOLOGIA** del mismo Autor, han merecido la aprobación de notables Profesores de Ciencias Biológicas de la Universidad Central y del Instituto «Melo» y han sido acogidos favorablemente en el Exterior.

Para pedidos, dirigirse al Autor. **Apartado N° 52.** - Quito - Ecuador